
HARLEQUIN
Jazmin
UN CORAZÓN PROTEGIDO
KAREN ROSE SMITH

Un corazón protegido

Karen Rose Smith

Un corazón protegido (2004)
Título Original: The most eligible doctor (2003)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1841
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jed Sawyer y Brianne Barrington

Argumento:

Se había enamorado de un hombre sexy, mucho mayor que ella… y que además era su jefe.

Era alto, moreno y muy guapo; seguramente por eso Jed Sawyer estaba en boca de toda la ciudad. Brianne Barrington era la última víctima de sus encantos. Ella andaba buscando al hombre perfecto mientras que él sufría una verdadera fobia hacia el compromiso.

Jed había jurado que jamás permitiría que nadie rompiera las cadenas que mantenían protegido su corazón. ¿Cómo una mujer que creía en las bodas por la iglesia y en el "felices para siempre" había conseguido arruinar sus planes de mantener una relación estrictamente profesional?

Capítulo Uno

Precisamente tenía que llegar tarde ese día.

Brianne Barrington abrió la puerta de cristal del centro de salud Beechwood sin aliento, nerviosa y al borde del pánico. Se apartó los rizos castaños de sus mejillas congeladas por el intenso frío de Wisconsin, mientras se preguntaba si el doctor Jed Sawyer la despediría por su falta de puntualidad. Era el primer día del doctor… y quizá el último para ella. Tan solo llevaba seis meses en Beechwood y además era su primer trabajo desde su graduación en la escuela de enfermería.

Entró en el edificio. La sala de espera, decorada con tonos apacibles de azul y verde, ya estaba llena de gente cuando Brianne atravesó una de las puertas que llevaban a las consultas.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Lily Garrison.

—Me equivoqué al poner el despertador.

Lily y su hija de cinco años, Megan, las compañeras de casa de Brianne, normalmente se levantaban a la misma hora que ella, pero, esa mañana, Lily tenía una entrevista con la profesora de Megan.

—El doctor Sawyer no está muy contento —le advirtió Lily—. Me he encargado de sus pacientes y también de los del doctor Olsen.

—Bueno, ya estoy aquí. Me voy a poner la bata —dijo Brianne sintiendo cómo el pánico le estremecía todo su cuerpo.

De repente, la puerta de la consulta número cuatro se abrió y apareció un médico alto, de pelo negro y con unos ojos verdes fulminantes. Brianne oyó a un niño llorar dentro.

—¿Es usted mi enfermera?

—Soy Brianne Barrington —dijo ella sintiendo una extraña emoción que no llegaba a entender—. Siento haber llegado tarde. Normalmente soy una persona muy puntual, pero…

—Las excusas no me valen de mucho, señorita Barrington. Ya que ha llegado, haga su trabajo. Hay una niña de dos años en la consulta que no deja que me acerque a ella. ¿Puede usted hacer algo?

—Lo puedo intentar, doctor Sawyer —dijo Brianne con educación mirando directamente a sus ojos verdes.

Los segundos le parecieron siglos al sentir que en el espacio que había entre ellos parecía surgir algo… algo inquietante que le hacía ser más consciente de sus anchos hombros, de su mandíbula angulosa y de su innegable masculinidad. Parecía ser el tipo de hombre de opiniones sólidas e inquebrantables.

Brianne entró en la consulta, miró el nombre de la niña en la ficha y se dirigió a ella con una sonrisa.

—Hola, Cindy —dijo mientras se aproximaba a ella.

Cuando el doctor Sawyer volvió a entrar en la habitación, Cindy lo miró y se puso a llorar de nuevo.

—Lo siento muchísimo —exclamó la madre—. La última vez que estuvimos aquí, el doctor Olsen le puso una inyección y supongo que, como también lleva una bata blanca, usted le recuerda a él.

Cindy lanzó un grito ensordecedor y Brianne sabía que tenía que hacer algo rápidamente. Decidió pintarse unas caras en los dedos para entretener a Cindy.

—Somos los ayudantes especiales del doctor —dijo moviendo los dedos como si fueran marionetas— y hoy queremos hacerte reír —Cindy dejó de llorar. Entonces el doctor Sawyer se quitó la bata blanca dejando ver una camisa blanca y una corbata gris. Pero había algo en él, quizá las duras líneas de su cara, su pelo largo y sus musculosos hombros, que daba la impresión de que se sentiría más cómodo con una ropa más informal—. Mira, este es el doctor Jed. Te va a mirar los ojos, lo oídos y la garganta. Solo eso. Te lo prometo.

Cuando Jed Sawyer se acercó a Cindy, ella lo miró con temor,

pero esa vez no lloró. Brianne distrajo a la pequeña y el doctor pudo realizar un examen completo.

—Tiene una infección de oídos —le dijo el doctor a la madre—. Tu mamá te va a dar una medicina —dijo dirigiéndose a Cindy—. Es rosa y tiene un sabor dulce. Si te la tomas, ya no te dolerán más los oídos y te sentirás mucho mejor.

—¿Ya está? —preguntó Cindy.

—Ya está —dijo el doctor sonriendo—. Espero que el antibiótico le haga efecto, pero vuelva dentro de tres días si no ha mejorado —añadió acariciando la cabeza de Cindy.

A Brianne le pareció que en ese momento los ojos del doctor reflejaban una profunda tristeza. Él salió de la habitación sin que ella pudiera confirmar si su impresión era acertada.

Cuando se fueron la niña y su madre, Brianne fue a la sala de espera a buscar al siguiente paciente.

A lo largo de la mañana Brianne tuvo la impresión de que el doctor y ella trabajaban con bastante eficacia, sobre todo teniendo en cuenta que era la primera vez que trabajaban juntos. De todas formas, con frecuencia se sorprendía a sí misma mirándolo fijamente. Todo su cuerpo parecía estremecerse cuando estaba cerca de él y esa reacción la preocupaba. En ese momento no le interesaba involucrarse en una relación intensa. Tenía que ser cauta. Después de enterarse a los catorce años de que era adoptada y de que la abandonaran sus seres queridos, no estaba dispuesta a que alguien volviera a hacerle daño.

Hacia mitad de la tarde se encontró con la recepcionista, Janie Dutton, en el vestíbulo.

—¿Te están haciendo tantas preguntas sobre el doctor Sawyer como a mí? —le preguntó Janie—. Una señora quería saber si estaba casado o no antes de concertar su cita.

—A mí también me preguntan —respondió Brianne—, pero, como no sé nada de él, no contesto.

—¿Qué tipo de respuestas necesitas? —preguntó el doctor sorprendiéndolas al salir de su despacho.

—Está sonando el teléfono —dijo Janie claramente avergonzada—. Me tengo que ir.

—¿Brianne? —dijo el doctor exigiendo una respuesta sincera.

—Doctor Sawyer…

—Llámame Jed.

—Jed —murmuró—, los pacientes nos hacen preguntas sobre ti.

—¿Por ejemplo?

—Si estás casado, dónde trabajaste antes, cuántos años tienes… —dijo Brianne con timidez.

—¿Solo eso? —preguntó divertido.

—Eso para empezar.

—Bueno, está bien, tengo casi cuarenta años y en los últimos tres he estado trabajando en Alaska. Y estoy divorciado —añadió con una expresión más seria—. Si alguien quiere saber más cosas, diles que me lo pregunten a mí directamente. Bien, creo que tenemos un paciente esperando en la consulta número 3.

Aturdida, Brianne se dirigió hacia la puerta al mismo tiempo que él. Se chocaron y él la rodeó con sus brazos para sujetarla. Ella pudo percibir la fuerza de sus brazos y se sintió embriagada por su perfume. Lo miró fijamente y de nuevo el tiempo pareció detenerse. Los brillantes ojos del doctor le causaban una extraña y salvaje sensación en el estómago.

Cuando él la soltó, ella intentó recuperar la compostura intentando negarse a sí misma la atracción que sentía por él e intentando convencerse de que era demasiado mayor, demasiado masculino, demasiado seguro de sí mismo… demasiado todo.

Al final del día Jed le dijo al doctor Olsen que iba a atender a un

paciente que había acudido por una urgencia si a Brianne no le importaba quedarse. A ella no le importaba. Además quería demostrar a su nuevo jefe que su falta de puntualidad esa mañana no significaba que no sintiera dedicación por su trabajo.

Alrededor de las seis y media, ya habían terminado y se disponían a salir del centro de salud. Jed llevaba un elegante abrigo y tenía un aspecto distinguido. Brianne volvió a sentir un hormigueo en el estómago.

—Para ser tu primer día, has trabajado muchas horas.

—Cuando trabajaba en Alaska a veces estaba cuarenta y ocho horas seguidas de guardia.

—¿Faltaba personal?

—Solo estábamos una enfermera y yo. Tan solo había noventa habitantes en el pueblo.

—¿Te gustaba tu trabajo allí?

—Ejercer allí era un reto —dijo encontrándose con la mirada de Brianne—. Todo lo que necesitábamos lo tenían que mandar por avión.

Brianne se dio cuenta de que en realidad Jed estaba eludiendo su pregunta y tuvo la sensación de que no quería hablar de nada personal.

—Sí, puedo entender que trabajar en un pueblo remoto se pueda convertir en un reto. Siento haber llegado tarde esta mañana —dijo cambiando de tema—. No tengo una buena excusa, simplemente me equivoqué al poner el despertador. Además, no dormí muy bien y tardé mucho en despertarme. Lily y Megan normalmente hacen ruido y…

—¿Por qué no dormiste bien? —interrumpió él.

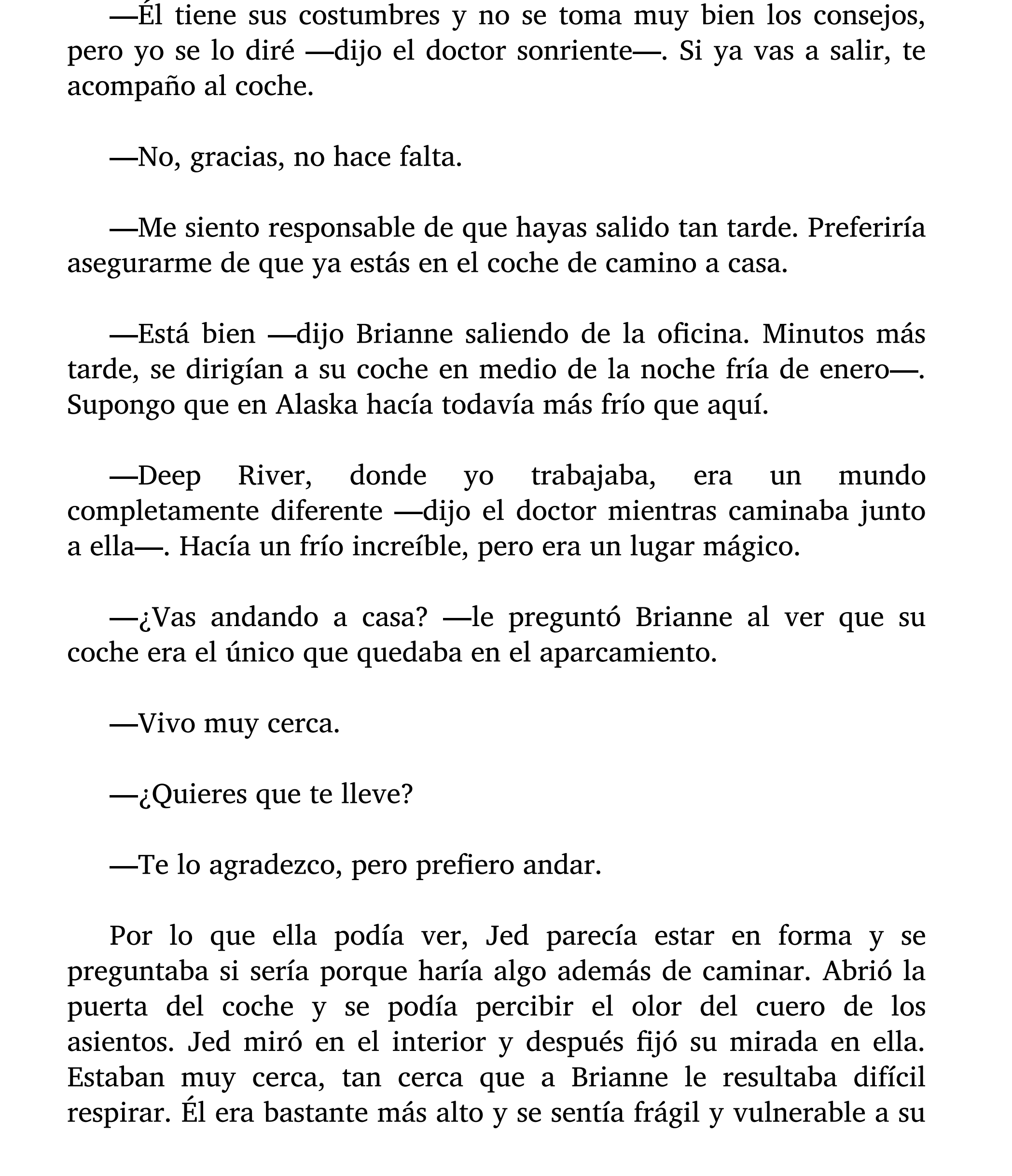
—Estaba un poco nerviosa por trabajar con un médico nuevo…

—No veo por qué tenías que ponerte nerviosa. Eres muy buena

con los pacientes y muy competente.

—Gracias —dijo Brianne ruborizándose.

—De nada. Siento haber estado de mal humor esta mañana. Tampoco dormí muy bien anoche. Mi padre tiene insomnio y se pone a hacer ruido en la cocina a las dos de la mañana.



—Debería tomar tila —sugirió Brianne.

—Él tiene sus costumbres y no se toma muy bien los consejos, pero yo se lo diré —dijo el doctor sonriente—. Si ya vas a salir, te acompaño al coche.

—No, gracias, no hace falta.

—Me siento responsable de que hayas salido tan tarde. Preferiría asegurarme de que ya estás en el coche de camino a casa.

—Está bien —dijo Brianne saliendo de la oficina. Minutos más tarde, se dirigían a su coche en medio de la noche fría de enero—. Supongo que en Alaska hacía todavía más frío que aquí.

—Deep River, donde yo trabajaba, era un mundo completamente diferente —dijo el doctor mientras caminaba junto a ella—. Hacía un frío increíble, pero era un lugar mágico.

—¿Vas andando a casa? —le preguntó Brianne al ver que su coche era el único que quedaba en el aparcamiento.

—Vivo muy cerca.

—¿Quieres que te lleve?

—Te lo agradezco, pero prefiero andar.

Por lo que ella podía ver, Jed parecía estar en forma y se preguntaba si sería porque haría algo además de caminar. Abrió la puerta del coche y se podía percibir el olor del cuero de los asientos. Jed miró en el interior y después fijó su mirada en ella. Estaban muy cerca, tan cerca que a Brianne le resultaba difícil respirar. Él era bastante más alto y se sentía frágil y vulnerable a su

lado. Nunca había sentido su corazón latir tan fuertemente. Ninguno de lo dos dijo nada.

Entonces Jed levantó la cabeza y se alejó de ella.

—Este coche es precioso —dijo mientras se apoyaba en la puerta —. No es fácil encontrar uno así en Wisconsin.

—Fue un regalo de graduación de mis padres —dijo ella sintiendo cómo la invadían los recuerdos.

—Tus padres deben de ser muy generosos.

Sus padres. Se habían ido para siempre. Habían desaparecido de una forma difícil de aceptar. Dos días antes de su graduación se dirigían a su universidad, cuando un tractor se estrelló contra su coche.

—Sí, eran muy generosos. Ahora ya no están —dijo con un nudo en la garganta. Vio la expresión confusa en la cara de Jed y decidió marcharse—. Nos vemos mañana. Que descanses —dijo cerrando la puerta y arrancando el coche.

El doctor Sawyer se apartó del coche. Brianne salió del aparcamiento con rapidez, intentando disimular el dolor de su corazón.

El sábado por la mañana, después de haber hecho algunos recados, Brianne volvió a la casa que se había convertido en su hogar. Después de la muerte de sus padres, hacía siete meses, se había sentido perdida en la enorme casa familiar. Había encontrado trabajo en el centro de salud Beechwood un mes después de su graduación y había conocido a Lily Garrison, una madre divorciada que había estado buscando compañera de casa con quien compartir los gastos. Lily y Megan le habían proporcionado el refugio que necesitaba y se habían convertido en su nueva familia.

Como siempre ocurría, llegar a casa le hacía sonreír. Entró en el acogedor y cálido cuarto de estar y después se dirigió hacia la cocina, donde había una gran actividad.

—Vamos a hacer una fiesta —dijo la pequeña Megan entusiasmada.

—¿Una fiesta? —preguntó Brianne sorprendida.

—Anoche estuve charlando con Doug y le hablé de Jed Sawyer —dijo Lily mientras cortaba unas verduras.

Doug era un técnico de informática con quien Lily llevaba saliendo unos meses. A pesar de que Brianne tenía la intención de no pensar en Jed Sawyer después de salir del trabajo, la verdad es que estaba realmente interesada en todo lo que Doug hubiera podido decir sobre él. Desde aquella noche en la que Jed le había hecho aquel comentario sobre su coche, habían trabajado juntos con eficacia y con educación, pero sin entablar conversaciones personales. No parecía que el doctor hablara de asuntos personales con nadie.

—¿Qué te dijo Doug?

—Me dijo que debía de ser muy difícil para Jed volver a casa y vivir con su padre después de todos estos años. Así que… yo pensé que estaría bien si hiciéramos una reunión. Me acuerdo de que dijiste que no tenías planes para mañana, así que he invitado al doctor Olsen y a su mujer, a Sue y a Janie y a sus maridos. No tenías planes, ¿verdad? —preguntó Lily—. Le he dicho a todo el mundo que viniera alrededor de las tres.

—No, estoy libre. ¿Has invitado al doctor Sawyer? —preguntó Brianne estremecida.

—Sí, lo llamé esta mañana. Dijo que se pasaría por aquí, aunque no se podría quedar mucho. Creo que no quiere que contemos con él por si no le apetece quedarse.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es un tipo solitario —dijo Lily con solemnidad—. ¿Sabías que trabajó de cirujano plástico en Los Angeles antes de aceptar el puesto en Alaska?

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis contactos —dijo Lily con una sonrisa misteriosa—. En realidad, le eché un vistazo a su curriculum. El doctor Olsen lo tenía en la mano mientras hablaba conmigo.

—Jed dijo que estaba divorciado. Me pregunto cuánto tiempo estaría casado.

—Tú trabajas para él. Se lo podrías preguntar.

—No habla mucho de sí mismo.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—No, es mejor que nuestra relación sea estrictamente profesional. Después de todo, él es mi jefe.

Además Brianne había elegido que fuera así. Había perdido a demasiados seres queridos a lo largo de su vida y por eso intentaba proteger su corazón.

Se había sentido totalmente perdida cuando a los catorce años había encontrado el informe de un investigador privado en el ático de su casa. Decía que su madre biológica la había dejado en el banco de una iglesia y que había muerto unos meses más tarde de neumonía porque no tenía casa y vivía en la calle.

Brianne se había sentido traicionada por sus padres y había tenido una enorme sensación de abandono. Durante esa época de confusión había dependido mucho de su amigo de la infancia Bobby Spivak. Había sido su mejor amigo desde el jardín de infancia, pero justo antes de ir a la universidad, cuando ya estaban hablando de prometerse, a Bobby le diagnosticaron leucemia y había muerto dieciocho meses más tarde.

Y además había perdido a sus padres hacía siete meses. Una y otra vez había aprendido que el amor podía hacer mucho daño, aunque también sabía que era esencial para la vida. Tenía miedo de amar a alguien y perderlo otra vez.

Cuando Brianne pensaba en Jed Sawyer se daba cuenta de que

su relación con Bobby no había sido nada arriesgada. Su amor había sido fruto de una profunda amistad que nunca se había llegado a convertir en una pasión desenfrenada. Sin embargo, Jed era todo pasión, pero no iba a dejar que eso cegara su sentido común.

—Bueno, ¿en qué te puedo ayudar para los preparativos de mañana? —preguntó intentando alejar sus pensamientos.

Si se mantenía ocupada y al día siguiente veía a Jed en un ambiente relajado no estaría tan inquieta.

Socializar.

En algún momento Jed había sabido hacerlo como un profesional. Cuando estaba en Los Ángeles lo habían invitado con frecuencia a fiestas con estrellas de cine, banqueros y modelos. Había sido capaz de hablar de nada con cualquiera. Pero entonces su vida se había destruido y hablar se había convertido en un esfuerzo enorme. El puesto en Alaska le había salvado la vida, pero también había perdido la habilidad de socializar.

—Prueba los pastelitos de cangrejo. Encontré la receta en Internet —le dijo Lily Garrison acercándole una bandeja.

—Eres una excelente cocinera, Lily —afirmó Jed.

De repente, su atención se dirigió a Brianne que acababa de entrar en el cuarto de estar. Permaneció con una actitud vacilante al lado de la librería. Sus brillantes y tersos rizos castaños se movían con suavidad y delicadeza. Sus ojos eran de un maravilloso verde aguamarina. Desde aquella noche en el coche, había querido hablar con ella de algo más que del trabajo, pero el ambiente del centro de salud no le había parecido el apropiado para profundizar en el tema de sus padres. Además, el deseo que había sentido cada vez que estaban cerca le hacía temer buscarla en privado.

Cuando Brianne recorría su mirada por la habitación como si estuviera decidiendo en qué conversación entrar, se encontró con los ojos de Jed. Inmediatamente apartó la mirada, se dio la vuelta y se retiró a la cocina.

—Perdona. Tengo que hablar con alguien —dijo Jed a Lily.

—Nos vemos luego —dijo ella moviéndose hacia otro grupo con la bandeja.

Jed se dirigió a la cocina, donde se encontró a Brianne preparando café.

—Os habéis tomado muchas molestias hoy —dijo Jed.

—No ha sido para tanto. ¿Te lo estás pasando bien?

—La verdad es que todavía no me he acostumbrado. Hacía mucho que no iba a una fiesta.

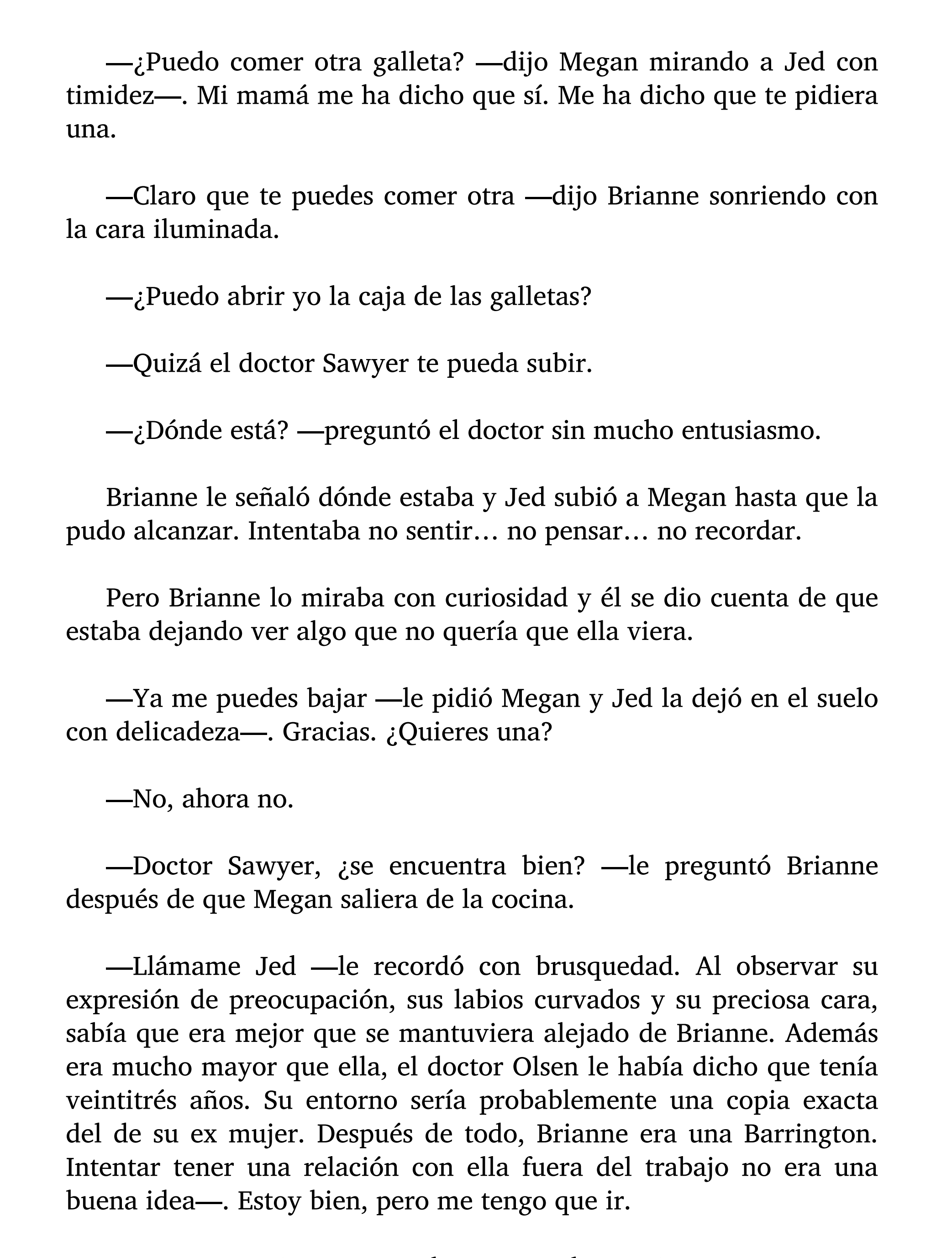
—¿Desde que empezaste a trabajar en Alaska?

—Sí —dijo Jed. Hubo un incómodo silencio y Jed sabía que lo tenía que romper él—. No tenía la intención de molestarte el lunes por la noche. No me debería haber entrometido en tu vida privada. La vida solitaria me ha hecho perder mis modales sociales. Siento lo de tus padres.

Después de que Brianne le hubiera mencionado la muerte de sus padres, Jed se había acordado de una ocasión en que su padre le había puesto al día de lo que había sucedido en los dos últimos años. Skyler Barrington había sido abogada y su marido Edward cardiólogo. Los dos pertenecían a familias acomodadas y eran bastante conocidos en la ciudad. Brianne había heredado toda su riqueza y Jed no entendía muy bien por qué estaba trabajando de enfermera cuando podría estar viajando por todo el mundo y vivir en cualquier sitio que le apeteciera.

—Gracias… Hace menos de un año desde que ocurrió el accidente y yo…

Brianne no pudo acabar porque Megan entró en la cocina y se abrazó a ella. El corazón de Jed se encogió al mirar a la pequeña. Se preguntaba si alguna vez podría volver a sentirse cómodo con niños. Trisha tenía casi tres años cuando se había ahogado y estar cerca de niños aumentaba la pesada carga de sus recuerdos.



—¿Puedo comer otra galleta? —dijo Megan mirando a Jed con timidez—. Mi mamá me ha dicho que sí. Me ha dicho que te pidiera una.

—Claro que te puedes comer otra —dijo Brianne sonriendo con la cara iluminada.

—¿Puedo abrir yo la caja de las galletas?

—Quizá el doctor Sawyer te pueda subir.

—¿Dónde está? —preguntó el doctor sin mucho entusiasmo.

Brianne le señaló dónde estaba y Jed subió a Megan hasta que la pudo alcanzar. Intentaba no sentir… no pensar… no recordar.

Pero Brianne lo miraba con curiosidad y él se dio cuenta de que estaba dejando ver algo que no quería que ella viera.

—Ya me puedes bajar —le pidió Megan y Jed la dejó en el suelo con delicadeza—. Gracias. ¿Quieres una?

—No, ahora no.

—Doctor Sawyer, ¿se encuentra bien? —le preguntó Brianne después de que Megan saliera de la cocina.

—Llámame Jed —le recordó con brusquedad. Al observar su expresión de preocupación, sus labios curvados y su preciosa cara, sabía que era mejor que se mantuviera alejado de Brianne. Además era mucho mayor que ella, el doctor Olsen le había dicho que tenía veintitrés años. Su entorno sería probablemente una copia exacta del de su ex mujer. Después de todo, Brianne era una Barrington. Intentar tener una relación con ella fuera del trabajo no era una buena idea—. Estoy bien, pero me tengo que ir.

—¿Tan pronto? ¿Has tomado un poco de tarta?

—No, pero la pueden disfrutar los demás. De verdad os agradezco a Lily y a ti vuestra bienvenida a Sawyer Springs. Si no veo a Lily al salir, por favor dale las gracias de mi parte.

Sabía que su excusa no era buena, pero no le importaba. No estaba preparado para estar cerca de madres y niños… o de una mujer que le hacía sentir un deseo tan intenso.

—Te veré por la mañana —le dijo Brianne mientras él salía de la cocina.

Jed se dirigió hacia la puerta, pensando que se debería haber quedado en Alaska.

Capítulo Dos

Al final de la tarde del lunes, Brianne estaba archivando las fichas de los pacientes y se detuvo un instante para mirar por la ventana. Había estado nevando mucho desde por la mañana. Todo el mundo ya se había ido y ella estaba esperando a que Jed terminara con su último informe. Ese día lo había sentido distante y ella se preguntaba por qué se habría ido de una manera tan precipitada de la fiesta el día anterior.

Brianne sentía curiosidad por Jed. Pasaban muchas horas juntos y ella se dio cuenta de que en su interior surgían pensamientos que nunca antes había sentido. Pensamientos de un hombre y una mujer besándose, acariciándose…

La puerta de la recepción se abrió bruscamente y un hombre mayor y robusto entró en el edificio. Brianne ya estaba acostumbrada a las urgencias de última hora, pero también estaba preocupada por lo que podrían tardar con ese paciente y por conducir a su casa en medio de la densa nieve.

Cerró el archivo, se dirigió a la ventanilla de la recepción y la abrió.

—¿Qué desea?

—Quiero ver al doctor Sawyer.

—¿Tiene usted una cita con el doctor?

—No necesito una cita. Soy su padre.

—El doctor Sawyer está terminando unos informes. Voy a buscarlo —dijo Brianne sonriendo al darse cuenta del parecido entre los dos hombres.

Pero antes de que Brianne se alejara de la ventana, el doctor Sawyer entró en el despacho y vio a su padre.

—Papá. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He ido a buscar sal para las heladas y, como tú vienes andando, he pensado que quizá te vendría bien que te llevara a casa. Te deberías comprar una furgoneta como la mía si tienes la intención de seguir aquí.

—Estoy acostumbrado a caminar por la nieve… —el sonido del teléfono rompió la tensión que se había creado entre los dos hombres.

—Centro de salud Beechwood —contestó Brianne.

—Soy Lily. ¿Vas a salir pronto?

—Debería hacerlo si no quiero quedarme atrapada aquí toda la noche.

—Por eso te llamo. Han dicho en la radio que ha habido cortes de electricidad en nuestra zona. Así que Megan y yo nos vamos a quedar con mi madre esta noche.

—¿No va a haber electricidad en toda la noche? —preguntó Brianne.

—No se sabe. ¿Quieres venirte aquí con nosotras? Mi madre estaría encantada.

—No estoy segura de poder llegar hasta la granja con mi coche. ¿Han quitado la nieve de las carreteras?

—Todavía no. Si quieres, te puedo ir a buscar.

—No, no te preocupes. Me puedo quedar aquí.

—Jovencita, creo que no es una buena idea —interrumpió el padre de Jed—. ¿Cómo va a pasar la noche sola en este edificio? ¿Por qué no viene a cenar con nosotros y después la llevamos donde usted tenga que ir? Mi furgoneta puede con todo.

—¿Con quién hablas? —preguntó Lily.

—Es el padre del doctor Sawyer. Me ha sugerido que cene con

ellos y que después me llevará a la granja.

Brianne miró a Jed. No parecía estar muy contento con la idea, pero, sin dudarlo, le dio la razón a su padre.

—No te puedes quedar aquí sola. Ven a casa con nosotros, tenemos mucho espacio y si las carreteras están muy mal, te puedes quedar esta noche.

—No quiero crearos ninguna molestia.

—No es ninguna molestia —dijo el doctor—. Mi padre tiene razón. Será mejor que nos vayamos antes de que empeoren las cosas.

—Estaré en casa del doctor Sawyer si me necesitas —dijo Brianne a Lily después de unos momentos de duda—. Si deja de nevar y las carreteras están bien, iré con vosotras más tarde.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? —preguntó Lily preocupada.

—Sí, es lo que quiero hacer. Te llamaré más tarde —Brianne colgó el teléfono y sintió su cuerpo estremecerse como siempre que estaba cerca del doctor—. Bueno, ya está decidido, pero me tienes que dejar que os ayude con la cena.

—No vamos a rechazar esa oferta —dijo el padre de Jed sonriendo y extendiendo la mano—. Soy Al Sawyer y usted es…

—Brianne Barrington.

—¿La hija de Edward Barrington?

—Sí, ¿lo conocía?

—Fui a verlo una vez —dijo asintiendo—, por un problema del corazón. Me dio una medicina que lo solucionó inmediatamente. Me gustaba. Era ese tipo de médicos que le dedican tiempo a sus pacientes.

—Mi padre sabía escuchar.

—No me lo podía creer cuando me enteré del accidente. Es una lástima que seas hija única. Los hermanos son una ayuda en momentos así —dijo Al de repente sintiéndose incómodo y sin saber qué decir.

—Papá, ¿por qué no vas a calentar la furgoneta? Nosotros iremos enseguida.

—Desde luego. Probablemente también tendré que limpiar el parabrisas otra vez, así que no tengáis prisa.

—¿Estás seguro de que quieres que vaya? —le preguntó Brianne a Jed cuando Al salió del edificio.

—Tú creciste en Sawyer Springs, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces sabes que aquí los vecinos se ayudan.

—Sí, lo sé, pero…

—Esa es una de las razones por las que volví aquí, Brianne. Mi padre fue la razón principal. Viví en Los Angeles antes de irme a Alaska y allí las cosas son muy diferentes. Los vecinos van y vienen y no se conoce nadie.

—¿Has vuelto porque te gusta Sawyer Springs?

—He vuelto porque ya era el momento adecuado —dijo Jed mirándola atentamente—. Vamos, este edificio no es un buen lugar para pasar la noche. ¿Nos vamos? No olvides tu abrigo. Yo voy a asegurarme de que esté todo cerrado.

Cinco minutos más tarde, Brianne subía a la furgoneta. Aunque el asiento era bastante espacioso, cuando Jed cerró la puerta de su lado, ella pudo sentir su proximidad al notar el roce de su pierna junto a la suya. ¿Qué tendría ese hombre que la excitaba tanto? Aunque sintiera curiosidad por él, ir a su casa podría convertirse en un gran error. Ella no era impulsiva por naturaleza, pero cuando estaba con él perdía la voluntad. Era un terreno peligroso para una

virgen que no quería perder el corazón.

—Vámonos —dijo Al.

La furgoneta dio unos bandazos al introducirse en la profunda nieve y Brianne no pudo evitar tambalearse contra Jed. Ninguno de los dos se movió y el calor que se produjo entre ellos parecía ser más intenso que el que provenía de la calefacción. ¿Serían imaginaciones suyas o había percibido en él un cierto nerviosismo?

No había nadie en las carreteras y poco tiempo después llegaron a la casa. Jed salió de la furgoneta y esperó a que bajara Brianne. La nieve era cada vez más profunda y cuando ella bajó se dio cuenta de que la nieve le cubría las botas de piel y de que cuando entrara a la casa tendría los pies mojados. Jed resolvió la situación llevándola en sus brazos.

—¿Qué haces? —dijo ella sorprendida.

—Necesitas un par de botas buenas.

—Estas botas son buenas. Las he llevado todo el invierno.

—Las botas buenas no tienen nada que ver con la moda.

En ese caso tenía razón. A ella le gustaba parecer femenina y elegante. En realidad sí tenía un par de botas que eran más convenientes para la nieve, pero que le quedarían horribles con la falda.

Los pensamientos sobre las botas desaparecieron mientras Jed la llevaba hacia la casa en sus brazos. Podía sentir la anchura de sus hombros y la fuerza de sus brazos. La dejó en el suelo con suavidad, como si fuera tan frágil que se fuera a romper. Se sentía tan pequeña a su lado, tan femenina… Estaban realmente cerca el uno del otro y ella se sentía hipnotizada por la profundidad de sus ojos verdes.

—También los gorros vienen bien en esta época del año —dijo Jed acariciando un rizo extraviado en el rostro de Brianne.

—Lo recordaré la próxima vez que nieve —murmuró ella.

—¿Queréis mi llave? —dijo Al acercándose hacia ellos.

—No, tengo la mía —dijo Jed abriendo la puerta y dejando a Brianne entrar antes que él—. ¿Qué te parece? Es como volver a los años cincuenta, ¿verdad? —comentó Jed refiriéndose a la anticuada decoración.

—Los años cincuenta no tienen nada de malo —se quejó Al.

—Voy a encender la chimenea, hace un poco de frío aquí.

Al se dirigió a la cocina y Brianne se quedó mirando unas fotografías que había en una estantería.

—¿Tienes un hermano y una hermana?

—Sí —contestó Jed.

—¿Mayores o menores?

—Los dos son mayores.

—¿Viven cerca de aquí?

—No, ninguno de nosotros se quedó en Sawyer Springs —respondió Jed mientras intentaba encender el fuego—. Ellie está en California produciendo documentales y Chris es coronel en el ejército.

—Os va muy bien a todos. Supongo que vuestros padres estarán muy orgullosos.

—Mi madre nos inculcó la idea de que podríamos hacer todo lo que nos propusiéramos. Murió durante mi año de prácticas, pero ya sabía que a todos nos iría bien.

Así que Jed sabía lo que sentía al perder a uno de los padres. Brianne tenía la impresión de que había perdido a los suyos dos veces: una vez cuando descubrió que era adoptada y la otra después del accidente.

—Tu padre debe de estar muy orgulloso de todo lo que has conseguido.

—No estoy muy seguro de lo que piensa mi padre —dijo Jed mirando al fuego—. Y mi idea de éxito ha ido cambiando a lo largo de los años —añadió entristecido de repente.

—Sé que fuiste cirujano plástico en Los Ángeles antes de que te fueras a Alaska. ¿Paso algo para que…? —la pregunta de Brianne fue interrumpida por la presencia repentina de Al en el cuarto de estar.

—Tenemos pollo y patatas. ¿Crees que podrás cocinar algo con eso? —le preguntó a Brianne sonriente.

—Papá, no puedes esperar que Brianne…

—Creo que podré hacer un buen guiso con eso.

—Ya sabía yo que iba a ser una buena idea traerte a casa.

—Realmente sabes cómo ganarte a una chica, papá.

—Deberías intentarlo tú alguna vez —contestó su padre.

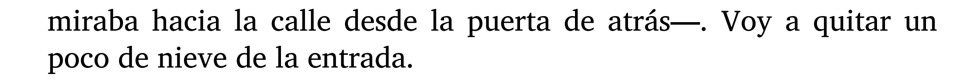
—Voy a buscar unos helados para el postre en el congelador de abajo —dijo Jed con expresión seria.

—Señor Sawyer, ¿me enseña la cocina? —sugirió Brianne con una sonrisa.

—Llámame Al. Vamos, te enseñaré dónde está todo.

Después de la cena, mientras él fregaba los platos y Brianne los secaba, Jed se preguntaba por qué se sentía tan alterado cuando estaba cerca de ella. Su presencia le removía unas emociones que hacía años que no sentía. Él se decía a sí mismo que la única razón era que ella era guapa y joven y que eso era todo.

—No parece que vaya a dejar de nevar —dijo su padre mientras


miraba hacia la calle desde la puerta de atrás—. Voy a quitar un poco de nieve de la entrada.

—Luego lo haré yo, papá.

—No te preocupes, prefiero hacerlo yo.

—Deberías preferir sentarte en el cuarto de estar delante de la chimenea y dejarme que lo haga yo.

—¿Y qué pasa si te dejo a ti hacer todo y después te vas? —dijo Al con la cara enrojecida—. Me habré acostumbrado a no contar solo conmigo mismo. Me voy a mi cuarto.

—¿Señor Sawyer? ¿Al? —rectificó Brianne—. No quiero ocasionar ningún trastorno. Si quieres ver la televisión…

—No te preocupes por mí, Brianne. Si necesitas algo de la cocina, pídeselo a Jed. Nos veremos por la mañana —dijo Al y salió con brusquedad hacia su habitación.

—¿Te apetece un brandy? —le ofreció Jed a Brianne.

—Claro —Brianne se dirigió al cuarto de estar y se sentó en el sofá. Cuando Jed llegó con las bebidas y se sentó junto a ella, se dio cuenta de que todavía estaba frustrado por la discusión con su padre—. Tu padre parecía enfadado.

—Cada vez que intento hacer algo por él, nos peleamos.

—Parece como si pensara que no te vas a quedar aquí.

—Yo tampoco estoy seguro —replicó Jed—. ¿Y tú? ¿Qué planes de futuro tienes?

Antes de haber aceptado el puesto en el centro de salud Beechwood, Brianne había solicitado un trabajo en un proyecto de médicos y enfermeras voluntarios para ayudar a niños necesitados en otros países. Pero no había vuelto a tener noticias de ellos y cuando había surgido el puesto en Beechwood decidió que sería lo mejor para ella en aquel momento.

—No estoy segura, Jed.

—¿Por qué no fuiste a la Facultad de Medicina para seguir los pasos de tu padre?

—No sé cómo explicarlo. Me gusta cuidar a los pacientes, no solo escuchar los síntomas y escribir recetas. Yo vi la vida de mi padre, cómo quería dedicar más tiempo a los pacientes aunque no siempre podía. Trabajaba a todas horas y siempre estaba disponible. Si yo alguna vez tengo una familia, me gustaría seguir trabajando, pero también quisiera dedicar parte de mi tiempo a ella. ¿Entiendes?

Jed la entendía perfectamente. Con frecuencia Caroline lo había acusado de nunca estar disponible, de siempre poner a sus pacientes en primer lugar. A él no le parecía que eso fuera verdad, especialmente después de que naciera su hija. Trisha había sido la luz de su vida y a veces había pensado que Caroline estaba celosa. Ella había sido una niña rica y mimada acostumbrada a ser el centro de atención. Desgraciadamente él no se había dado cuenta de eso hasta que se hubieron casado.

Brianne también procedía de una familia acomodada. Sin embargo, Jed había sentido su comprensión y se había dado cuenta de su falta de egoísmo y de su preocupación por los demás. Quizá fuera esa la razón por la que su deseo por ella era sólo una parte de lo que le estaba sucediendo. Cuando la había llevado en sus brazos, había sido consciente de que había estado solo durante mucho tiempo.

Brianne lo observaba con una absorción absoluta…

—Brianne… —susurró Jed.

Ella no se movió, continuó observando su cara, sus labios, como si, al igual que él, también sintiera curiosidad por la química que se estaba creando entre ellos.

Jed inclinó la cabeza hacia ella y saboreaba el deseo que sentía por Brianne. Se le aceleró el pulso y no pudo disimular el estremecimiento de su cuerpo. Sus labios se acercaron y Brianne suspiró, sin hacer ademán de alejarse. «Me siento vivo de nuevo»,

pensó al acariciar los labios de ella con los suyos.

Fascinado, entrelazó entre sus dedos los suaves rizos de Brianne, instintivamente la atrajo hacia él con fuerza e introdujo la lengua entre sus labios. Se sumergió en su boca y se perdió en un largo y apasionado beso.

Jed se sentía más excitado que nunca en su vida. El suave gemido de Brianne, su dulce belleza y su entrega absoluta al deseo entre ellos le provocó una turbulencia y un deseo irrefrenable. Fue ese insoportable e insaciable deseo lo que le hizo parar. No podía utilizar a Brianne, no podía aprovecharse de ella. No debería implicarse en una relación así.

—Eso ha sido un error que no debemos volver a cometer —dijo apartándose de ella—. Tenemos que trabajar juntos y además yo soy mucho mayor que tú. No estoy buscando ninguna relación.

—Entiendo —dijo ella avergonzada.

—Voy a ver si puedo quitar la nieve de la entrada. Tu habitación es la que está justo al subir las escaleras. Te he dejado unas toallas encima de la cama.

—¿Crees que podremos salir por la mañana? —preguntó ella intentando parecer despreocupada.

—Espero que pase la máquina quitanieves por aquí.

Finalmente sus ojos se encontraron. Cuando él la miró, recordó el beso y notó que ella también lo recordaba. Se había comportado como un idiota por dejarse llevar por el momento. No le volvería a suceder.

Se alejó de Brianne e intentó negar todo lo que el beso con Brianne había despertado en él, pero al mismo tiempo sintió como si se hubiera abierto una puerta que quizá nunca podría cerrar.

El colchón era un poco incómodo, pero esa no era la razón por la que Brianne no podía dormir. Tenía frío y para distraerse a sí

misma se puso a recordar el beso de Jed. ¿Por qué había permitido que sucediera una cosa así? Podía haberse apartado de él, pero se había dejado llevar por la curiosidad y por un sentimiento de aventura que no había experimentado antes.

El viento soplaba con fuerza y Brianne se estremeció. De pronto alguien llamó a la puerta y la abrió.

—¿Brianne?

—Estoy despierta —dijo ella reconociendo la voz de Jed.

—Ahora tampoco tenemos electricidad aquí —dijo iluminando la habitación con una linterna—. Ha bajado mucho la temperatura de la casa. ¿Quieres bajar y dormir en el sofá al lado de la chimenea?

—¿Y tu padre?

—Está completamente dormido y roncando. Le he puesto otro edredón.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Las tres. Si entras en calor todavía podrás dormir un par de horas antes de que te tengas que levantar.

—De acuerdo. ¿Te puedes dar la vuelta mientras me visto?

—Yo me bajaría, pero vas a necesitar la linterna. Avísame cuando hayas terminado —dijo dándose la vuelta.

Brianne salió de la cama y rápidamente se puso la falda y el jersey.

—Ya.

—Ten cuidado. Los escalones son muy estrechos —dijo Jed alumbrando las escaleras con la linterna—. ¿Necesitas algo más? —dijo después de haber llegado abajo.

«Lo que necesito es que me rodees con tus brazos», pensó

Brianne e inmediatamente rechazó su irracional anhelo. ¡Jed era su jefe! ¿No sabía ella lo que el amor podía llegar a herir?

—No, estoy bien —contestó ella sin poder evitar fijarse en el fuerte y viril cuerpo de Jed bajo la camiseta.

—Yo dormiré en el sillón. Tú quédate en el sofá.

El viento soplaba con fuerza y se podía oír el chisporroteo de las inquietas llamas de la chimenea. Jed la miró. La penumbra de la habitación daba una sensación de intimidad que aumentaba la cercanía entre ellos. Brianne no sabía si conseguiría dormir, pero al menos ya no tenía frío.

—¿Preferirías trabajar para el doctor Olsen? —le preguntó Jed de repente.

—¿Por lo que ha pasado?

—Sí. Nunca te debería haber besado. No quiero que te sientas incómoda. Puedo hablar con el doctor Olsen.

—No, no quiero trabajar con otro médico. Me gusta trabajar contigo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy muy segura. ¿Jed?

—¿Sí?

—¿Por qué dejaste tu especialidad y te dedicaste a la medicina general? —preguntó Brianne.

Era la única manera que se le ocurría para saber por qué se había ido a Alaska y por qué había vuelto allí.

—Mis razones ya no importan. Pertenecen al pasado y ahora estoy contento con lo que hago.

Era una forma de decirle con delicadeza que no se metiera en sus asuntos. Y no lo haría… por lo menos esa noche.

Capítulo Tres

Jed oía los suaves e inquietos sonidos provenientes del sofá y se sentía incapaz de dormir. No podía apartar de su memoria el momento del beso con Brianne. Quería tenerla en sus brazos y hacer cosas con ella que no se había vuelto a imaginar desde sus fantasías de adolescente.

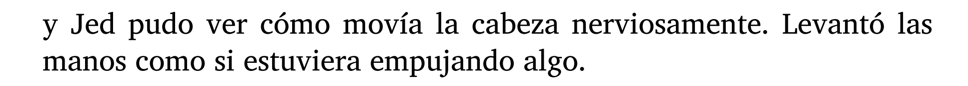
Intentaba no atormentarse y apartar sus pensamientos sobre Brianne del mismo modo que lo hacía con sus recuerdos de Trisha. Pero las imágenes de Trisha se le presentaban cuando menos se lo esperaba y las emociones voluntariamente reprimidas volvían a surgir cada vez que miraba los ojos de un niño. Por eso sabía que su voluntad no podría evitar el recuerdo de la entrega y de la inocencia de Brianne durante aquel beso. Desde el primer momento en que la había visto, su subconsciente la había permitido introducirse en sus sueños: su preciosa cara, sus sedosos rizos castaños, la perfección de sus labios…

Se recordó a sí mismo de nuevo que él era demasiado mayor para ella, demasiado mayor para ese tipo de relación…

Cuando había conocido a su ex mujer, ella había parecido joven e inocente, apasionada y generosa. Pero después de que se hubieron casado, Jed se dio cuenta de que Caroline lo había tenido todo pensado. Ella había estado protegida por sus padres toda la vida, pero había aprendido a manipularlos a ellos y a todo el mundo para conseguir lo que quería, ya fuera un coche nuevo o un marido al que ella pudiera moldear como deseara.

¿Acaso Brianne no procedía del mismo estilo de vida? ¿No la habían educado para creer que con su dinero y su belleza podría conseguir todo lo que quisiera? Él se había equivocado con Caroline. ¿Era Brianne realmente tan dulce y comprensiva como parecía? Y, aunque lo fuera, él era demasiado cínico como para creer que siempre sería así.

En medio del profundo silencio de la tormenta, cualquier sonido se hacía más perceptible: el crujir de la hoguera, las sábanas de Brianne… De repente, sus movimientos eran cada vez más inquietos



y Jed pudo ver cómo movía la cabeza nerviosamente. Levantó las manos como si estuviera empujando algo.

—No, no puede ser —gimió Brianne—. No pueden ser mis padres…

—Brianne, despierta —dijo Jed al no poder soportar la angustia en su voz—. Brianne, soy Jed. Estás a salvo, estás en mi casa. Despierta.

Al final, abrió los ojos. Reflejaban una profunda tristeza y estaban llenos de lágrimas.

—No puedo sacarme de la cabeza la voz del policía —murmuró Brianne—. Me acuerdo de cada una de sus palabras y de cómo describió el accidente. Creía que ya lo estaba superando, hacía unas semanas que no había tenido este sueño.

—Ya mejorarás —dijo Jed comprendiendo perfectamente la situación.

—Intento convencerme a mí misma de que tengo que enfrentarme a la realidad y aceptar el hecho de que mis padres ya no están aquí. Pero tengo unos recuerdos tan vívidos… Me entristecen mucho, pero al mismo tiempo no quiero que desaparezcan. ¿Tú crees que tiene sentido?

Para él tenía mucho sentido. También sus recuerdos de Trisha eran muy vividos y no podía olvidar lo feliz que le hacía verla sonreír ni la maravillosa sensación de sus pequeños abrazos.

—Se tarda bastante tiempo en separar los recuerdos del dolor —añadió Jed.

Pero sabía que lo que en ese momento le atormentaba no era precisamente dolor, sino un terrible sentimiento de culpa por no cerciorarse de la seguridad de su hija. Al principio había culpado a Caroline, pero no mucho después había decidido que la culpa había sido suya por irse aquel fin de semana en el que la niñera había tenido otros planes.

—Parece como si supieras muy bien de lo que estoy hablando.

—Lo sé muy bien —dijo sentándose al lado de ella en el sofá.

—Mi padre solía decir que se puede superar cualquier cosa —dijo Brianne con actitud reflexiva—, que la vida continúa y que siempre habrá nuevas oportunidades de aprender y de amar.

La proximidad con Brianne hizo a Jed estremecer de deseo. Por lo que le había contado ella, parecía que echaba mucho de menos a su padre. Lo último que él quería era convertirse en una figura paterna. Jed utilizó la pequeña interrupción para finalizar una conversación que era cada vez más íntima y una noche que había sido muy desconcertante.

—Está amaneciendo —dijo mientras miraba por la ventana—. Voy a partir más leña, no sabemos cuanto tiempo estará cortada la electricidad.

—Yo voy a mirar en la cocina a ver qué encuentro para hacer el desayuno —dijo Brianne volviendo a la realidad.

Jed deseaba quedarse. Quería rodearla con sus brazos, acurrucarse en el sofá con ella y besar sus preciosos labios. Su sonrisa le hacía olvidar lo mayor que era. Casi le hacía olvidar la promesa que se había hecho a sí mismo después de que él y Caroline se hubieran divorciado… antes de que él se hubiera ido a Alaska: nunca más se sentiría responsable de la felicidad de nadie.

Brianne se había arreglado lo mejor que había podido y estaba preparando el desayuno cuando Al entró en la cocina.

—Tengo que admitir que es muy agradable ver una cara bonita en la cocina por la mañana.

—Estoy preparando unas tostadas —dijo riendo y aceptando el cumplido de Al—. También he encontrado unas latas de fruta si queremos.

—¿Sabes Jed lo eficiente que eres? —preguntó Al.

—No hace mucho que nos conocemos —dijo ella sonrojada—. Solo llevamos una semana trabajando juntos.

—Ya. ¿Y qué piensas de mi hijo?

—No lo conozco muy bien —dijo intentando evitar su mirada.

—No es muy fácil conocer a Jed, especialmente desde que… Bueno, en realidad Jed siempre ha sido un chico complicado.

—¿En qué sentido?

—¿Sabías que nuestra familia desciende de los Sawyers que fundaron Sawyer Springs? —dijo sentándose en una silla y cruzando los brazos sobre la mesa.

—Alguna vez me lo he preguntado. Según la historia del pueblo, los Sawyers eran muy aventureros, pero no eran muy buenos para los negocios. ¿Es eso verdad?

—Desde luego que lo es. Theodore Sawyer fundó un pueblo alrededor del lago y lo pobló con los amigos y la familia que trajo desde el este del país. Pensaron que una fábrica textil traería prosperidad. Dio empleo a la mitad del pueblo y también a gente de otros lugares. Pero después todo fue mal. Teddy no pudo hacer frente a las facturas ni pagar a sus empleados. Así que vendió el negocio a un empresario de Nueva York que no se preocupó ni de los trabajadores ni del estado de la fábrica. Mi propia familia descendía del hermano de Teddy y se estableció aquí. Yo trabajaba en la fábrica y ganaba el dinero suficiente para vivir. Era demasiado arriesgado intentar encontrar algo mejor en otro sitio. Por lo menos tenía trabajo. Compramos muebles de segunda mano y sólo teníamos lo imprescindible. Pero Jed no se conformaba con ese tipo de vida, siempre quiso vivir mejor —explicó Al. Brianne pensó en todas las ventajas de las que ella había disfrutado, pero que nunca se había merecido—. Supongo que es natural que mis hijos quisieran algo más de lo que yo tenía, pero Jed parecía decidido a demostrar que los Sawyer eran merecedores de ser los padres fundadores. Era muy inteligente. Entró en la universidad con becas y préstamos y acabó en tres años en lugar de cuatro. Creo que nunca quiso triunfar para sí mismo, sino para darle a su madre todo lo que yo no le pude dar. Pero ella murió antes de que él

consiguiera su primer trabajo en Los Ángeles. Entonces cuando fracasó su matrimonio… —dijo Al suspirando y antes de que pudiera decir nada más, Jed entró en la cocina.

—Casi ha dejado de nevar y ya han limpiado la carretera. Voy a intentar llegar a Beechwood por si hay alguna urgencia o algún paciente que haya decidido no cancelar su cita. Brianne, primero te llevo a casa.

—Quizá necesites ayuda, especialmente si hay alguna urgencia. Voy contigo.

—Si crees que luego vas a poder mover el coche…

—No te preocupes, se quedará en el aparcamiento hasta que hayan quitado toda la nieve de las carreteras.

Una hora más tarde, justo después de que acabaran de desayunar, volvió la electricidad. Jed había estado cordial durante el desayuno, pero también se había comportado de una manera reservada y Brianne se dio cuenta de que su padre había tenido razón: no era muy fácil llegar a conocerlo.

Jed no permitió que Brianne fregara los platos. Quería llegar al trabajo cuanto antes y ver las citas que se habían cancelado y las que se habían mantenido. Por lo que ella había podido observar durante la semana, Jed era un profesional dedicado que se preocupaba de sus pacientes y que no los trataba como simples números.

Al lado de Jed en la furgoneta de su padre, Brianne observaba los últimos copos de nieve. Pensó en la noche anterior. La luz de las velas, el fuego y el silencio habían aumentado la sensación de intimidad, aunque estaba claro que era una intimidad que Jed no quería. Percibió que él tenía la intención de olvidarse del beso y deseaba que ella pudiera hacer lo mismo.

Pero la conversación con Al había aumentado su curiosidad. ¿Qué le habría pasado a Jed en Los Ángeles? ¿Por qué se habría ido a trabajar a Alaska? ¿Por qué habría vuelto a Sawyer Springs? ¿Por qué un cirujano plástico se habría dedicado a la medicina general?

No debería interesarse por la historia de la vida de Jed. Obviamente él quería mantener una relación estrictamente profesional. Además no debería sentirse atraída por un hombre al que no le era fácil compartir sus secretos. ¿Cómo podía entregarse e ningún hombre cuando ya sabía lo que el amor podía llegar a herir?

Pero recordó el matrimonio de sus padres, cómo su padre besaba a su madre antes de salir de casa y cómo su madre siempre lo esperaba, cómo se abrazaban en el sofá las pocas veces que tenían la ocasión de ver juntos la televisión.

Permanecieron en silencio hasta que de repente Jed vio un coche atrapado en la nieve y a una mujer joven, como de la edad de Brianne, que parecía necesitar ayuda.

—Voy a parar —dijo Jed parando el vehículo.

—Hay niños dentro —añadió Brianne.

Jed salió del coche y sacó una pala del maletero.

—No puedo mover el coche —dijo la mujer desesperada.

Brianne vio que el abrigo de la mujer no la protegía lo suficiente contra el intenso frío y que no llevaba guantes. Dos niños salieron del coche y se unieron a ellos.

—No se preocupe yo la ayudaré a salir —aseguró Jed.

—Yo puedo ayudar —dijo el niño.

—Yo también —añadió la niña que de repente empezó a toser.

El rostro de Jed reflejaba una expresión preocupada y Brianne se dio cuenta de que no le gustaba mucho esa tos.

—Soy Ben —dijo el niño. Su labio de arriba estaba deformado probablemente por una operación y tenía la sonrisa torcida—, ella es Kimmie. Es demasiado pequeña para ayudar y además está enferma.

—Soy Doreen Steinmeyer —dijo la madre extendiendo la mano

hacia Jed—. Muchas gracias por parar. La verdad es que no quiero que los niños estén fuera con este frío. Ben, Kimmie, subid al coche.

—¡No, mamá!

—Gracias por ofrecerme tu ayuda, pero será mejor que te metas en el coche para no enfriarte —dijo Jed y después se dirigió a su madre—. No me gusta cómo suena la tos de su hija. Soy médico y trabajo en el centro de salud Beechwood. ¿Por qué no me sigue cuando saque el coche de aquí y los echamos un vistazo a ella y a Ben?

—No puedo hacerlo. No tengo seguro. Perdí el trabajo hace dos meses y la verdad es que no podemos permitirnos ese gasto.

—No se preocupe, no le cobraré nada. Ya me pagará cuando pueda.

Diez minutos más tarde llegaron al centro de salud y entraron todos en el edificio. Hacía frío en los despachos porque no había habido calefacción en toda la noche. Lo primero que hizo Brianne fue asegurarse de que ya estaba encendida.

Jed llevó a Doreen y a los dos niños a una sala de consulta y Brianne fue unos minutos más tarde para ver si Jed necesitaba ayuda. Después de escuchar el corazón y los pulmones del niño, revisó los oídos y la garganta. Hizo lo mismo con Kimmie y mientras le revisaba la garganta, ella volvió a toser.

—Ahora vengo —dijo Jed dejando el estetoscopio encima de la mesa. Después de unos minutos, le estaba diciendo a Doreen las veces al día que le tenía que dar a Kimmie la medicina que había encontrado para ella y con qué frecuencia tenía que administrarle el antibiótico—. Una pastilla al día durante cinco días y si Kimmie sigue teniendo síntomas o fiebre, la vuelve a traer aquí, ¿entendido?

—No sé cómo agradecérselo —dijo la mujer con los ojos llenos de lágrimas.

—No es necesario que me dé las gracias. Este es mi trabajo.

—El coste de la medicina…

—Son muestras —le aseguró Jed—. Recibimos muchas muestras y no quiero que se echen a perder.

Brianne sabía que en efecto recibían muchas muestras, pero no del antibiótico en particular que le había dado a Kimmie.

Después de que Doreen, Ben y Kimmie se fueran, Jed fue al despacho y rellenó un formulario, sacó dinero de la cartera y lo metió junto al formulario en un cajón. Brianne vio que estaba pagando el antibiótico y entró en el despacho.

—Has sido muy amable —le dijo sonriendo.

—Cualquier médico habría hecho lo mismo.

—Quizá —dijo sin convicción—. ¿Crees que Ben necesita otra operación?

—Quien fuera que le operara hizo un buen trabajo, pero yo le podría dar una sonrisa perfecta.

—¿Por qué dejaste la cirugía plástica? —preguntó Brianne.

Se dio cuenta de que Jed la miraba fijamente y se preguntó si se estaría acordando del beso de la noche anterior. Pasar la noche bajo el mismo techo le había permitido fijarse más en todo lo que tenía que ver con Jed, incluso en la pequeña cicatriz que tenía al lado de la boca. Besarlo había sido una experiencia que nunca olvidaría.

—Es una historia muy larga —respondió Jed mientras se levantaba de la silla.

—No tenemos pacientes en la sala de espera y yo tengo tiempo —dijo con atrevimiento.

—Quizá no haya pacientes, pero yo tengo que organizar unas notas de ayer —cuando Jed se dirigió hacia la puerta, dejando claro que no tenía ninguna intención de contarle lo que quería saber, Brianne se apartó para dejarle pasar, pero no lo suficientemente rápido. La corta distancia entre ellos volvió a traer las sensaciones de la noche anterior: las conversaciones en la intimidad, el roce de

sus labios y el inolvidable beso—. Brianne, soy una persona muy privada. No hablo de nada personal ni de mi pasado. No dejé Los Angeles por ninguna razón relacionada con mi trabajo, así que no creo que te tengas que preocupar por eso.

—Pero…

—Eres demasiado joven para entender algunos cambios importantes en la vida de una persona. En un momento determinado, yo decidí cambiar el rumbo de mi vida. Cuando seas lo suficiente mayor para darte cuenta…

—¡Deja de tratarme como si fuera una adolescente! —dijo Brianne enfadada.

—No solo estamos hablando de edad, Brianne —dijo Jed sorprendido por su reacción—, sino de experiencia. Dentro de veinte años…

—Dentro de veinte años espero no ser tan arrogante como tú.

—¿Arrogante? —dijo con un leve tono divertido.

—Sí, eso es lo que he dicho, pero a lo mejor tú piensas que eres muy sabio y experimentado.

—Más experimentado de lo que en realidad me hubiera gustado ser. Y si fuera muy sabio habría evitado esta conversación. Creo que deberíamos empezar de nuevo y olvidarnos de lo que pasó anoche, Brianne.

—De acuerdo. Es decir, que anoche no pasó nada, yo no dormí en tu sofá, no hice el desayuno esta mañana…

La puerta de la entrada se abrió de repente y Lily y Janie entraron en el edificio. Lily los vio a través de la ventana y les sonrió.

—Parece que habéis sobrevivido esta noche.

Sí, Brianne habría sobrevivido esa noche, pero había descubierto que nunca más volvería a interrogar a Jed.

Capítulo Cuatro

Brianne todavía no comprendía su comportamiento de la semana anterior. Fue a la recepción a dejar el expediente de un paciente y pensó que desde que había llamado arrogante a Jed, cuando sus miradas se encontraban, los dos intentaban evitarse buscando algo en que ocuparse.

Estaba a punto de dirigirse hacia su despacho cuando la puerta principal se abrió y entraron Megan, la hija de Lily, y su abuela.

Bea Brinkman, la madre de Lily, tenía una expresión de preocupación cuando se acercó a la ventanilla de la recepcionista. Vio a Brianne y se dirigió hacia ella.

—¿Está Lily ocupada?

—¿Le pasa algo a Megan? —replicó Brianne.

—Oh, no, está bien. Fuimos a su casa a recoger unos juguetes para el jardín de infancia y… Por eso quiero ver a Lily.

—Voy a ver si no está ocupada.

Lily acababa de entrar en el despacho cuando Brianne le dijo que su madre estaba en la sala de espera.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó Brianne.

—Si no te importa. Ya conoces a mi madre. A veces dramatiza un poco. Si son malas noticias, puede que te necesite para que distraigas a Megan.

Brianne asintió y siguió a su amiga hacia la recepción. En ese momento Jed estaba hablando con la recepcionista sobre el tratamiento de un paciente.

—Tienes un problema —dijo Bea en cuanto vio a Lily—. Hemos tenido que poner cubos en tres puntos diferentes de la cocina.

—¿Cubos?

—Hay una gotera. Tendrás que llamar a alguien antes de que sea tarde. Si tu padre no se hubiera ido hoy, te podría decir lo que tienes que hacer.

—Quizá la gotera proceda de nieve derretida del tejado del porche. No puedo permitirme pagar ninguna reparación este mes, así que cuando llegue a casa quizá me suba al tejado a quitar la nieve.

—Quítate eso de la cabeza, Lily Brinkman. No voy a permitir que arriesgues la vida subiéndote a un tejado.

—¿Estás segura de que es el tejado, Lily? —le preguntó Jed que en ese momento salía del despacho de la recepcionista.

—Debería haber reparado el tejado antes del invierno, pero esperaba que aguantara otro año. Ahora veo que no ha sido así.

—Yo hice algunos trabajos en la construcción cuando estaba en la universidad. ¿Quieres que le eche un vistazo?

—¡Qué bien! ¡Un hombre que sabe de estas cosas! —dijo Bea con una sonrisa—. Lily, quizá deberías salir con un hombre que supiera algo más que de ordenadores. Usted es el doctor Sawyer, ¿verdad? Lily me ha hablado mucho de usted —añadió Bea haciendo enrojecer a Lily.

—Sí, soy nuevo aquí. Hoy no podré ir a vuestra casa —dijo dirigiéndose a Brianne y a Lily—. Como todos tenemos libre el jueves, ¿creéis que os las podréis arreglar hasta entonces?

—Si sólo gotea, no pasará nada —dijo Brianne, pero la mirada de Jed le hizo olvidarse de repente del tejado, de la nieve y de la casa.

—¿Qué os parece el jueves a las diez?

—Muy bien, pero ¿estás seguro de que eso es lo que quieres hacer en tu día libre?

—Si no os voy a ayudar con el tejado, mi padre me convencerá para ir a jugar a las cartas con sus amigos. La semana pasada me dejaron pelado —dijo sonriendo.

Durante un momento, Brianne se sorprendió de la camaradería con la que Jed trataba a Lily. Quizá deberían salir juntos. Después de todo, Lily estaba en la treintena.

El jueves por la mañana Jed trabajaba en el tejado del porche y Brianne de vez en cuando salía por la puerta de atrás para observarlo. Su pelo negro brillaba con el sol invernal. Sus piernas eran sólidas y se movía por el tejado con mucha soltura y seguridad, pero ella tenía miedo de que se cayera.

—Dile a Lily que casi he terminado —le dijo Jed a Brianne desde el tejado—. He quitado la madera vieja y he puesto tejas nuevas, pero antes de bajarme de aquí, me gustaría asegurarme de que ya no caerá más agua.

Brianne asintió y regresó al calor de la cocina. Lily estaba preparando algo de comer.

—Le he dicho que se quede a comer. Era lo menos que podía hacer —dijo Lily.

—Dice que ya casi ha terminado.

De repente, Brianne se sintió incómoda con Lily, del mismo modo como le había ocurrido cuando se conocieron. Su amistad había evolucionado con lentitud. El hecho de vivir juntas había sido una solución práctica para las dos, pero Lily ya se había convertido en una verdadera amiga y Brianne no quería que nada arruinara esa amistad. No estaba segura de cómo formular la pregunta que quería hacerle.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Lily reaccionado a su silencio—. ¿Te incomoda que Jed se quede a comer?

—No es eso… ¿Lo has invitado solamente por arreglar el tejado?

—¿Por que otra razón habría de invitarlo? —preguntó Lily confundida.

—Pensé que quizá… estuvieras interesada en él.

—Estoy saliendo con Doug —respondió Lily.

—Ya lo sé, pero eso empezó antes de que llegara Jed y después de lo que dijo tu madre ayer, pensé que…

—Ya sabes cómo es mi madre, Brianne. Según ella yo nunca seré feliz hasta que me vuelva a casar. No entiende el interés de Doug por los ordenadores, así que piensa que Jed es un candidato mejor. Pero eso no significa que yo piense lo mismo. De hecho, Jed Sawyer no es mi tipo, es demasiado complicado e intenso para mí, como mi ex marido. Doug es menos difícil y además comparte sus pensamientos conmigo y eso me gusta.

Brianne ya sabía lo intenso que podía ser Jed. Pero junto a esa intensidad había una profunda pasión que la asustaba, quizá porque nunca había experimentado una sensación parecida. Nunca se había enamorado de un hombre que la pudiera hacer temblar sólo con la mirada. Pero sabía que el amor también podía producir dolor y si podía protegerse, lo haría.

—¿Estás tú interesada en Jed? —le preguntó Lily con curiosidad.

—No, bueno, quiero decir… No quiero estarlo, pero me siento tan viva cuando está cerca de mí. Lo miro y se me acelera el corazón. Eso nunca me pasó con Bobby.

—Bobby y tú os conocíais desde que erais pequeños. Esa relación no tiene nada que ver con esta. Pero deberías tener cuidado. Jed está divorciado. ¿Sabes por qué él y su mujer se separaron?

—¿Lo sabes tú?

—No, pero creo que es importante que lo sepas antes de que decidas empezar una relación. Lo que pasara durante su matrimonio le habrá influido en su manera de ser.

Brianne sabía que el marido de Lily se había preocupado más por el trabajo que por su familia. Había tenido aventuras y cuando Lily lo descubrió supo que su matrimonio se había acabado. Poco después su marido se había mudado a Minneapolis y nunca había vuelto a saber nada de él.

Todo eso la había hecho fuerte, pero también desconfiaba de los hombres que no hablaban con facilidad o que dedicaban demasiado tiempo al trabajo.

De repente, Megan entró en la cocina interrumpiendo la conversación.

—Mami, ven a jugar conmigo —exclamó la pequeña.

—Ahora no puedo, estoy preparando la comida. A lo mejor Brianne te puede ayudar a hacer un muñeco de nieve.

—¡Claro que sí! —respondió Brianne.

Quince minutos más tarde, las dos se reían juntas mientras hacían los brazos del muñeco de nieve con unas ramas. Brianne oyó ruido en el porche y al levantar la vista vio que Jed estaba mirando a Megan con una expresión terriblemente triste en la cara. Brianne ya había notado esa tristeza antes, especialmente cuando Jed estaba cerca de algún niño. Ella sabía que no hablaría de ello, que no quería hablar de su pasado.

—¿Quieres ayudarnos? —le preguntó Megan al ver que se dirigía hacia ellas.

—Parece que ya casi está terminado —dijo mirando a la pequeña con dulzura.

—No parece de verdad —añadió ella.

—¿Y cómo crees que podemos arreglar eso? —dijo Jed sonriendo.

—Necesita una boca, unos ojos y una nariz.

—¿Por qué no vas y le pides a tu mamá una zanahoria para la

nariz? —sugirió Brianne—. Nosotros podemos buscar unas piedras para los ojos y la boca.

—Y una bufanda. Necesita ropa —dijo Megan mientras se dirigía corriendo hacia el interior de la casa.

—Me ha dicho Lily que te vas a quedar a comer —dijo Brianne después de unos momentos de silencio.

—Lily quiere pagarme la reparación. Yo le dije que no aceptaría un cheque, así que he tenido que aceptar la invitación —dijo Jed sonriendo.

—Bueno, voy a buscar esas piedras para Megan —dijo Brianne después de otro silencio. Se quitó los guantes y los metió en los bolsillos. Entonces se dio cuenta de que su pulsera había desaparecido—. ¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—¡Se me ha perdido la pulsera!

Los dos sabían que buscar una pulsera de oro en la nieve sería como buscar una aguja en un pajar.

—Yo te ayudo a buscarla —se ofreció inmediatamente Jed.

Buscaron alrededor del muñeco de nieve, pero Brianne no tenía muchas esperanzas. Tenía que encontrar esa pulsera. Era el único lazo que le quedaba con sus padres. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando hasta que Jed la tomó del brazo.

—No te preocupes, Brianne. Es sólo una joya.

—No lo entiendes, Jed, tengo que encontrarla, tengo que…

—De acuerdo, tú ve por la derecha y yo por la izquierda. Miraremos por todas las partes en las que has estado.

Después de haber buscado minuciosamente, Brianne vio a Jed en el porche y pensó que había abandonado la búsqueda. Sabía que Jed no tenía ni idea de lo que la pulsera significaba para ella, pero

estaría todo el día buscando si fuera preciso.

De repente, Jed se dirigió hacia la esquina izquierda del porche y se inclinó hacia el suelo. Después de un momento, se podía ver que en su mano sostenía algo reluciente.

Brianne corrió hacia él y no pudo evitar rodearle el cuello con sus brazos y darle un gran abrazo.

—Muchísimas gracias.

—La he encontrado gracias al sol que la ha hecho brillar —dijo Jed apartándose de ella. Brianne bajó los brazos y miró fijamente la pulsera que ya tenía en sus manos—. ¿La puedo ver? —preguntó él con suavidad y ella asintió—. ¿Te la regaló alguien importante para ti?

—Mis padres. La encontré cuando estaba sacando toda la ropa de los cajones de mi madre. Estaba envuelta y tenía una tarjeta. Mi madre nunca compraba las cosas en el último minuto y la tenía preparada para mi cumpleaños. Mira, tiene una inscripción que dice «siempre cree en mañana».

De repente Brianne se sintió demasiado joven y avergonzada por sus profundos sentimientos por sus padres, por todo lo que la habían enseñado y todo lo que eso significaba para ella.

—Tus padres se preocupaban por ti, Brianne —dijo Jed—. Comprendo que nunca quieras olvidar eso. La pulsera es una conexión con tu infancia y con todas las cosas buenas que te sucedieron en esa época.

—No es sólo eso. Un día, cuando tenía catorce años, estaba haciendo un árbol genealógico para el colegio y fui a mirar a una caja de papeles en el desván. Descubrí que era adoptada y encontré un informe que decía quién era mi madre y cómo murió después de haberme abandonado. Me enfrenté con mis padres y desde ese momento nuestra relación no volvió a ser la misma. Pero cuando murieron —continuó—, me di cuenta de que ellos eran mis verdaderos padres.

—Esa es una situación muy difícil para una niña. ¿Cómo pudiste

superar todo eso?

—Tenía un buen amigo y además mis padres continuamente querían demostrarme que me querían. Pero nunca tuve la oportunidad de decirles lo agradecida que estaba por todo lo que me habían dado… por todo lo que habían hecho por mí.

En el silencio de la tarde soleada, Brianne vio que Jed estaba absorbiendo todo lo que ella decía. De alguna manera sabía que él la comprendía. Finalmente, él también se decidió a confiar en ella.

—Durante aquellas noches tan largas en Alaska, tuve mucho tiempo para pensar. Me fui de aquí buscando una vida que pensaba que quería. Mi padre no lo tuvo muy fácil cuando nosotros éramos pequeños y pensé que si hubiera alguna manera de poder ayudarlo ahora… Pero no parece que quiera mi ayuda.

—Quizá le gustaría que estuvieras en Sawyer Springs porque es lo que tú quieres.

—Toda mi vida ha sido lo contrario de lo que he querido. Necesitaba escapar de la vida en un pueblo pequeño, pero ahora lo veo de una manera diferente. Todavía no sé si me quedaré, especialmente si mi padre sigue discutiendo conmigo cada vez que intento hacer algo por él. Ya no siento resentimiento hacia Sawyer Springs.

Por lo menos Jed le había contado una pequeña parte de su vida también. Antes de que Brianne supiera qué decir, la cara de Jed reflejó cierta incomodidad y ella sabía que probablemente él se arrepentía de haber compartido sus sentimientos con ella.

¿Se arrepentiría ella de compartir los suyos? Compartir unía a las personas. ¿Quería ella estar muy unida a su jefe, al hombre que le estremecía el corazón cada vez que lo miraba? No dejaba de recordarse a sí misma que amar a alguien puede terminar hiriendo. Sin embargo, había visto cómo sus padres se habían amado y, si ella no estaba dispuesta a ello, nunca iba a encontrar una relación así.

—Será mejor que no lleves la pulsera hasta que te pongan un cierre de seguridad —le dijo Jed devolviendo la normalidad a la relación.

—Voy a casa a ver qué hace Megan.

—Yo voy a cargar esas tejas en la furgoneta de mi padre. Dile a Lily que iré enseguida.

Jed se alejó de ella como si nunca hubieran compartido esos momentos de intimidad.

El olor de la comida atrajo la atención de Jed cuando entró a la casa por la puerta de atrás. Se alegró de que su mente se ocupara de otro apetito diferente al que sentía por Brianne. Cuando ella lo había abrazado, había necesitado toda su fuerza de voluntad para no atraerla hacia él y besarla con una intensidad difícil de frenar. Pero él no era un adolescente. Sabía que la satisfacción física tenía un precio muy alto. Después de que algunos encuentros apasionados lo hubieran llevado a un matrimonio precipitado con Caroline, se había dado cuenta de que ella había fingido esa pasión. El sexo en el matrimonio se había convertido en una obligación para ella y él lo había sabido. Se había dado cuenta de que en realidad lo que ella había querido era moldear a su hombre ideal, una copia exacta de su padre: rico, triunfador y con amigos influyentes.

—Creo que todavía te debo otra comida por tu ayuda —le dijo Lily de repente entrando en la cocina.

—No empieces otra vez, Lily. Me ha sentado muy bien hacer un trabajo con las manos.

—Tú curas con las manos —le recordó ella.

—Ya sabes lo que quiero decir. La sopa huele muy bien.

—La hago con frecuencia en invierno —dijo mirando fijamente a Jed.

—¿Qué pasa? —preguntó él ante esa mirada.

—Te he visto ahí fuera con Brianne.

—¿Cuándo estábamos buscando la pulsera?

—No, después.

—Dime lo que tengas que decirme, Lily.

—Solo quiero advertirte que Brianne está muy sensible en este momento. Ha perdido a su familia y le está costando encontrar el rumbo.

—¿Piensas que me estoy aprovechando de eso?

—Espero que no.

—Quizá no te deberías preocupar de Brianne.

—Me preocupo por Brianne porque se ha convertido en una hermana para mí. No quiero verla sufrir.

—Creo que has malinterpretado lo que has visto. Brianne estaba muy contenta por haber encontrado la pulsera. Ese abrazo… no significa nada.

—Como te he dicho antes, Brianne está muy sensible ahora, pero no es tan ingenua como tú crees —añadió Lily, pero Megan interrumpió la conversación al entrar corriendo en la cocina.

Poco después estaban todos sentados a la mesa. Jed no podía apartar su mirada de Brianne, de sus brillantes rizos castaños, de sus luminosos ojos y de esa mirada inocente que reflejaba que no tenía mucha experiencia con los hombres.

Él no quería herirla y tampoco quería que ella tambaleara su mundo. Quería ordenar su vida y eso no incluía a una mujer dieciséis años menor que él o una relación de la que se arrepentiría.

Se iría a casa en cuanto terminara de comer y se mantendría lo suficientemente ocupado como para apartar a Brianne Barrington de sus pensamientos y de sus sueños.

Capítulo Cinco

Después de comer, Lily llevó a Megan al jardín de infancia. Brianne había salido para decirles adiós y Jed también y los dos permanecieron en el porche observando cómo el coche se alejaba.

—Tienes una buena amiga en Lily —dijo Jed.

—Ya lo sé. Ella y Megan se han convertido en mi familia. Supongo que necesito relacionarme, aunque a veces me dé miedo.

Tenía miedo por el dolor que le pudieran causar sus sentimientos por Jed. Sin embargo, antes de su graduación, cuando estaba intentando decidir qué camino seguir, su madre le había aconsejado que no solo se dejara guiar por el corazón, sino también por la pasión. En ese momento no había estado segura de lo que su madre había querido decir, pero cuando estaba cerca de Jed sentía que todo su ser se estremecía. ¿Era eso pasión o simplemente se trataba de atracción física? Además, si alguna vez se decidía a mantener una relación con Jed, ¿sería suficiente para él? Ella nunca había estado con un hombre…

—¿No tienes amigos de la infancia aquí? —le preguntó Jed.

—La verdad es que no. La mayoría de ellos trabajan fuera de Sawyer Springs. ¿Y tú? ¿Tienes amigos aquí?

—Unos cuantos. Tengo la intención de ir a verlos, pero todavía no he tenido tiempo.

—¿Y tus hermanos? ¿Estás en contacto con ellos?

—Mi hermana Ellie normalmente manda una tarjeta de Navidad y Christopher llama una vez al año.

—Yo siempre quise tener hermanos —añadió Brianne.

—¿Y no tener ningún contacto con ellos? —dijo Jed irónicamente.

—Cada familia es diferente —respondió ella.

—En realidad, ya que estoy aquí ahora, he estado pensando en convencer a mis hermanos para que vengan a visitar a mi padre. Hace muchos años que no estamos todos juntos.

—¿Qué le parecería a tu padre que estuvierais todos juntos aquí? —preguntó Brianne intentando que la llegada del cartero no la distrajera de su conversación con Jed.

—No estoy seguro. Todavía no he decidido si decírselo o prepararle una sorpresa. Supongo que pensará que son muchos gastos para nada. Pero creo que es lo que debemos hacer.

El cartero se acercó a ellos y le entregó a Brianne un sobre. Jed vio que el remite era de la fundación nacional para la lucha contra el cáncer.

—Supongo que recibes muchas peticiones para donaciones —dijo él.

—Sí y de momento me las tomo bastante en serio. Tengo que decidir qué hacer con una dotación de dinero que me dejaron mis padres.

—¿No especificaron ellos dónde querían que fuera ese dinero?

—No, eso lo dejaron a mi elección.

—Es una responsabilidad muy grande para alguien tan joven.

—¿Tú te crees mayor? —replicó Brianne sin enfadarse.

—No, realmente no.

—Pues yo tampoco me considero demasiado joven. He trabajado con fundaciones de caridad desde que soy adolescente, ayudando a mi madre. Puede ser que yo no tenga tanta experiencia como tú, pero soy más madura de lo que tú te crees.

—Quizá tengas razón —dijo sonriendo—. Y ahora mismo, mi experiencia me dice que será mejor que entres en casa —Brianne

había salido sin abrigo y estaba empezando a tener frío, pero el hecho de estar con Jed le producía una calidez que el frío invierno de Wisconsin le parecía primavera—. Nos vemos mañana en el trabajo.

Brianne lo observó mientras se alejaba en la furgoneta. Se emocionaba al pensar en todo lo que habían hablado esa tarde. Estaba empezando a conocer a Jed Sawyer. ¿Qué pasaría si lo conociera con más profundidad?

Jed pasó el resto de la tarde comprando un coche. Una vez en casa, llevó a su padre a dar una vuelta y Al tuvo que admitir que el coche le parecía bastante bien. Después, mientras su padre dormía en unos de sus sillones favoritos, Jed se puso a ordenar la ropa limpia de Al. Cuando estaba a punto de cerrar el armario vio algo en un rincón que lo sorprendió. Era un bastón. ¿Le pasaría algo que no le hubiera contado? Decidió ir a hablar con él inmediatamente.

—He encontrado esto en tu armario —dijo con el bastón en la mano—. ¿Hace cuánto tiempo que lo necesitas?

—¿Qué estabas haciendo en mi armario?

—Nada, simplemente estaba colgando tus camisas.

—Yo me puedo colgar mis propias camisas —dijo Al enfadado —. Lo pasé muy mal con la cadera el año pasado —dijo señalando al bastón—, pero se me pasó.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te llamaba?

—¿Y qué ibas a hacer tú desde Alaska? ¿Habrías venido a cuidarme?

—¿Lo sabían Chris y Ellie?

—Por supuesto que no. Las señoras de la iglesia me traían la comida. Mis amigos me traían todo lo demás que necesitaba y me hacían compañía. No quería que os preocuparais por mí. Mira —añadió Al—, sé que te hundiste después de la muerte de Trisha y

que querías desaparecer durante una temporada, pero no me culpes por no contarte mi vida. Tú tampoco me contaste lo que te pasaba a ti. ¿Te crees que yo no me preocupaba?

—Yo estaba bien —insistió Jed.

—Al principio no. No el primer año. Casi nunca llamabas. Cuando te fuiste a Alaska, pensé que encontrarías lo que estabas buscando, aunque simplemente fuera una manera de escapar. Pero al volver aquí… No creas que vas a controlar mi vida. Me las arreglaba bien sin ti y cuando te vayas otra vez, volverá a ser lo mismo.

—Quizá no quieras ayuda y quizá no la necesites en la mayoría de los casos, pero hay algo que sí necesitas: una señora de la limpieza.

—¿Una señora de la limpieza? No necesito a nadie que se meta en mis cosas —dijo Al casi levantándose del asiento.

—De acuerdo, si no me dejas que contrate a una señora de la limpieza, tendré que hacerlo yo mismo. Yo odio limpiar, papá, y esta casa está sucísima. Esto no puede continuar así.

—Estás decidido a interferir en mi vida, ¿verdad?

—Estoy decidido a hacerte la vida más fácil.

—Pues haz lo que tengas que hacer —dijo Al resignado.

—Entonces, ¿quieres que ponga un anuncio para una señora de la limpieza? ¿Qué te parece una vez al mes?

—¿Una vez al mes? Depende de quién sea. No quiero que sea una persona que se entrometa demasiado. Yo le daría una lista y tendría que hacer exclusivamente lo que estuviera en la lista.

—Bueno, pues tú piensa en eso —dijo Jed aliviado y reconociendo lo mucho que había cedido su padre—. Yo voy al supermercado a comprar productos de limpieza.

Quince minutos más tarde, Jed estaba en supermercado en el

pasillo de artículos de limpieza.

—¿Buscando algo especial? —le preguntó una voz suave.

Cuando se dio la vuelta, se encontró con los ojos azules de Brianne y le dio un vuelco el corazón. Llevaba una chaqueta de lana azul marino y una bufanda roja. Las medias iban a juego con la bufanda y Jed pensó en lo caro que sería ese traje. Caroline también había llevado trajes de diseño parecidos cuando iban a esquiar. Sin embargo, la naturaleza generosa y compasiva de Brianne no tenía nada que ver con la de su ex mujer.

—La casa de mi padre no se ha limpiado bien en los últimos años y he decidido hacerlo yo, aunque no sé por dónde empezar.

—Este producto es muy bueno —dijo Brianne señalando hacia la estantería.

—¿Tú sabes de esto?

—Bueno, Lily y yo compartimos las tareas de la casa. Sé qué productos son buenos y cuáles no.

—¿Y para el suelo de la cocina? Está muy sucio.

—Lo que necesitas es un buen cepillo y un detergente de toda la vida. ¿Vas a hacer toda la casa?

—Lo voy a intentar —dijo Jed suspirando.

—Parece que vas a necesitar ayuda. Te sorprendería saber el tiempo que se tarda en limpiar una casa entera.

—¿Te estás ofreciendo?

—Me encantaría ayudarte. Lily se va con Megan a casa de su madre esta noche. Cuando no están, la casa se me hace demasiado grande.

—¿Estás segura de que quieres empezar hoy mismo?

—Segurísima.

—Te dejaré que me ayudes con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejes llevarte a un restaurante en Madison. He visto un restaurante francés que parece muy bueno —dijo Jed recordando que cuando lo había visto por primera vez, había pensado en Brianne.

—Trato hecho —dijo Brianne después de unos momentos de duda—. Vamos a empezar cuanto antes.

Al llegar a la casa de Jed, Brianne se empezó a arrepentir. Si Lily y Megan no se hubieran ido a casa de Bea esa noche, si ella no hubiera decidido ir al supermercado, si no se hubiera ofrecido a ayudar a Jed… Finalmente decidió que a quien realmente estaba ayudando era a Al.

—Bueno, bueno —dijo Al al verla entrar con Jed en la casa—. Jed no me había dicho que tú ibas a ser mi señora de la limpieza.

—Le dije a Jed que lo ayudaría —dijo Brianne dejando una de las bolsas encima de una silla y quitándose el abrigo—. Así terminaremos mucho más rápido.

—Muy bien. ¿Por dónde vais a empezar?

—Por la cocina —respondió Jed.

—Por el cuarto de baño de arriba —dijo Brianne al mismo tiempo.

—Así no os molestaréis —dijo Al con una sonrisa.

—Tú puedes supervisar —le ofreció Brianne—. Si te parece me puedes decir lo que no quieres que haga.

—De acuerdo —dijo Al encantado de que Brianne lo incluyera en las decisiones.

Brianne sacó todo lo que necesitaba de una bolsa y se dirigió hacia el piso arriba.

Media hora más tarde, las cortinas del cuarto de baño ya estaban en la lavadora, las alfombras estaban colgadas en la barandilla del porche y ya iba a empezar a limpiar el suelo. La limpieza era una de esas cosas que tenía que hacer y, desde luego, no le gustaba más que a ninguna otra persona, pero reconocía que Jed tenía razón sobre el estado de la casa de Al.

De nuevo, intentaba decirse a sí misma que había ofrecido su ayuda porque los dos hombres la necesitaban. Pero la invitación a cenar de Jed la había confundido. ¿Debería considerarlo como una cita? Probablemente no. La cena sería simplemente una manera de devolverle el favor.

De repente, vio que Al se asomaba al cuarto de baño.

—¡Jed está frotando el suelo de la cocina de rodillas! —dijo él.

—A veces es la mejor manera de hacerlo.

—Cuando Jed está decidido a hacer algo, no hay manera de pararlo.

—¿Era así de pequeño? —preguntó Brianne sin poder frenar su curiosidad.

—Todavía más. Me acuerdo de un verano que sembró unas quince plantas de tomate y salieron todas. Vendió todos los tomates en el pueblo. Cuando le pregunté lo que pensaba hacer con ese dinero, me dijo que quería comprarle a su madre un espejo de plata que había visto en Madison para Navidad. Sabía que no nos podíamos permitir ese tipo de cosas y quería que ella tuviera algo bonito.

—Papá, estoy seguro de que estás aburriendo a Brianne —gritó Jed mientras subía las escaleras.

—No estoy aburrida —dijo Brianne.

—A ella le gusta escuchar mis historias —dijo Al mientras salía del cuarto de baño.

—¿Era auténtico tu ofrecimiento para ayudarme o tu único interés era entrometerte en mi vida? —preguntó Jed a Brianne cuando Al ya no podía oírlos—. ¿Te imaginaste que podrías obtener algunas respuestas de mi padre?

—Ofrecí mi ayuda porque pensé que la necesitabas —respondió Brianne al mismo tiempo que también se preguntaba cuáles habían sido sus verdaderos motivos—. Además, me cae bien tu padre y creo que está muy solo. No me cuesta trabajo escucharlo.

—Me da vergüenza lo que te ha contado mi padre —dijo Jed agarrándola del brazo.

—¿Por qué? Es un recuerdo maravilloso.

—En ese momento, no se lo conté a nadie. Mi padre era el único que sabía la verdadera razón por la que vendí los tomates.

—¿Tienes miedo de que alguien se dé cuenta de que no eres el tipo duro que quieres aparentar. Es admirable que un hombre sea sensible —dijo Brianne mirando a Jed fijamente.

—Ser sensible te hace ser vulnerable también —añadió Jed soltando el brazo de ella.

Brianne sabía que él pensaba que era muy inteligente y muy experimentado y mucho mayor que ella. También sabía que él siempre intentaba decir la última palabra, pero esa vez no se lo iba a permitir.

—Pues a mí me gusta ese hombre que ocultas bajo esa imagen de tipo duro. No deberías intentar apartar a todo el mundo de tu lado. Si eso es lo que realmente quieres te deberías haber quedado en Alaska.

Después de haber expresado todos sus pensamientos, se dio la vuelta y siguió limpiando el suelo. Unos segundos más tarde, suspiró aliviada cuando oyó los pasos de Jed en las escaleras.

Un par de horas después, Brianne estaba terminando de planchar la última de las cortinas en la cocina.

—Mi padre está durmiendo en el sillón. No tienes que quedarte mientras cuelgo las cortinas —dijo Jed entrando en la cocina haciendo pensar a Brianne que lo único que quería era deshacerse de ella.

—Mira, Jed… lo de la cena. No es obligatorio que vayamos.

—Cuando hago un trato, lo mantengo. ¿Tienes algo que hacer mañana por la noche?

—No, no tengo nada que hacer.

—Pues te recojo a las siete —dijo Jed con sequedad.

Unos minutos más tarde, Brianne se había puesto el abrigo, se había despedido de Al y se dirigía hacia la puerta. Pero en ese momento, Jed la detuvo.

—Gracias, Brianne. De verdad apreciamos tu ayuda.

La suavidad y calidez de sus palabras hicieron que Brianne se olvidara del intenso frío de la noche.

Cuando Brianne se fue, Jed colgó las cortinas. La casa no solo parecía más limpia, sino más alegre. El toque de Brianne le había dado más vida a todas las habitaciones.

Al decidió irse a dormir y Jed observó que tenía dificultad al subir las escaleras. ¿Le estaría molestando la cadera otra vez? Se preguntó.

Se dirigió al teléfono del cuarto de estar y sacó de su cartera una hoja de papel con dos números de teléfono. Se sentó y miró al primero. Quizá Ellie habría salido esa noche. Marcó el número y esperó. Al final, su hermana contestó el teléfono.

—¿Dígame?

—Ellie, soy Jed.

—¡Cuánto tiempo, Jed!

—Sí, ya lo sé. Recibí tu tarjeta de Navidad.

—Te llamé la semana pasada a tu número de Alaska y me dijeron que te habías ido —dijo con un tono de reproche—. La persona con la que hablé no parecía estar muy dispuesta a darme información. He estado bastante preocupada.

—Lo siento, Ellie. Te iba a llamar. Estoy en casa de papá. Estoy trabajando aquí ahora. Pensé que si lo llamabas, él te lo contaría.

—La verdad es que tengo que admitir que no lo he llamado desde Navidad. He tenido mucho trabajo.

—¿Y Chris? ¿Sabes algo de él?

—Hace unos meses vino a Los Ángeles a dar una conferencia y salimos a cenar. Desde entonces no sé nada.

—Ya sé que estás ocupada —dijo Jed con comprensión—. Todos estamos muy ocupados, pero tenemos que pensar en algo más importante. Papá está envejeciendo y había pensado que quizá sería una buena idea si nos reuniéramos algún día en las próximas semanas.

—¿Está enfermo?

—No, pero no deberíamos esperar a que lo estuviera, ¿no crees?

—Tienes razón. Voy a mirar mi agenda —dijo Ellie creando un pensativo silencio—. Podría ir dentro de un par de semanas y pasar cuatro días, de jueves a domingo. ¿Vas a llamar a Chris?

—Sí, voy a ver qué tal le viene a él y te llamaré mañana. ¿Estarás en casa?

—Sí, por la mañana.

—De acuerdo, por la mañana.

—Jed, ¿cómo estás?

—Mejor —dijo de repente dándose cuenta de que se sentía mejor desde que había llegado a Sawyer Springs. ¿Tendría algo que ver Brianne con eso?

—Me alegro de que estés mejor. Fue horrible cuando Trisha se ahogó, pero sabía que lo superarías. ¿Ha cambiado mucho Sawyer Springs?

—No mucho. Está casi igual, pero ahora lo veo de una manera diferente.

—Quizá a mí me pase lo mismo. ¿Estás pensando en quedarte?

—Todavía no lo he decidido. Voy a intentar llamar a Chris antes de que se haga muy tarde.

—De acuerdo. Buenas noches, Jed. Hablamos mañana.

—Sí, mañana —repitió él.

Capítulo Seis

Brianne pensaba en lo maravillosa que había sido la cena en el restaurante mientras volvían a Sawyer Springs en el nuevo coche de Jed. Habían tenido algunos momentos incómodos, principalmente por la atracción que ambos sentían. Durante la cena, la conversación se había centrado en el trabajo y en el padre de Jed.

Jed estaba en silencio mientras conducía y Brianne se preguntaba qué estaría pensando. Cuando llegaron a Sawyer Springs, Brianne señaló una de las calles por las que pasaban.

—Yo vivía por aquí antes.

—¿Quieres que pasemos por tu antigua casa?

—Sí, me gustaría —dijo ella después de unos instantes de duda —. No he pasado por ahí desde que la vendí.

Pero enseguida se dio cuenta de que volver al hogar de su infancia sería un error. Tenía demasiados buenos recuerdos para ella.

—¿Te resultó duro venderla? —le preguntó Jed deteniéndose en la casa que Brianne le había indicado.

—Lo más duro que he tenido que hacer en mi vida. Pensaba que al venderla ya no volvería a sentir la presencia de mis padres. Pero sí los siento. Tengo la sensación de que son dos ángeles que cuidan de mí —dijo inmediatamente avergonzándose de ese pensamiento infantil.

—Sería bueno pensar así de la gente que amamos.

—¿Tú no piensas así?

—Soy médico, ¿recuerdas? Soy un hombre de ciencias y me resulta difícil creer en lo que no puedo ver. Cuando eras adolescente —añadió cambiando totalmente de tema—, ¿qué hacías los fines de semana?

—Nada especial, salía con mis amigos a comer, a bailar…

—¿Quieres ver el sitio donde más me divertí cuando era adolescente?

—Claro.

Jed cambió el rumbo y se dirigió hacia la parte este del pueblo hasta que finalmente aparcó el coche delante de un viejo edificio de madera. En el interior había hombres y mujeres sentados en una desgastada barra bebiendo cerveza. Cruzaron el bar hasta llegar a una sala en la que al menos había seis mesas de billar.

Brianne sentía la mano de Jed en su espalda mientras la guiaba por el edificio. Le producía una extraña sensación de calor que, aunque intentara negárselo a sí misma, la estremecía.

—Me acuerdo la primera vez que mi padre me trajo aquí —dijo Jed—. Yo era muy pequeño.

—Entonces tienes que ser un experto jugando al billar.

—Podría ser. ¿Quieres comprobarlo?

—No he jugado al billar en mi vida, Jed.

—Pues ya va siendo hora de que lo intentes —dijo Jed quitándose la chaqueta y la corbata y subiéndose las mangas de la camisa. Estaba tan sexy que Brianne no pudo evitar sentir un escalofrío—. ¿Estás preparada para la primera lección? Lo primero es saber cómo poner las manos —le explicó Jed poniéndose detrás de ella y rodeándola con sus brazos. La cercanía de sus cuerpos permitió a Brianne sentir el aroma de su perfume y la calidez de su respiración en su cuello—. Así —dijo Jed golpeando la bola que finalmente se introdujo en el agujero.

—Haces que parezca muy fácil —murmuró Brianne casi sin aliento.

—Es una cuestión de práctica.

—Quizá sería más fácil si la señorita se quitara la chaqueta —dijo de repente una voz detrás de ellos.

—¡Rob! —exclamó Jed con una amplia sonrisa—. ¡Cuánto tiempo!

—Me dijeron que estabas en Alaska —dijo Rob—. No esperaba volver a verte por aquí.

—Debe ser que llevo Sawyer Springs en la sangre.

—Nos tenemos que ver y jugar algún partido de fútbol ya que estás aquí. ¿No me vas a presentar? —dijo Rob dirigiendo su mirada a Brianne.

Después de las presentaciones, Jed y Brianne siguieron jugando al billar mientras Rob los observaba. Después de la partida, Brianne se fue al cuarto de baño y los dos hombres se fueron al bar a pedir unas bebidas.

Jed no estaba muy seguro de que le gustara la idea de estar con Rob. Su única intención esa noche había sido invitar a Brianne a cenar para darle las gracias por su ayuda, pero, de alguna manera, había sido algo más. Tenía que admitir que se lo estaba pasando muy bien, por lo menos hasta que había llegado Rob y había empezado a coquetear con Brianne. Jed no podía evitar sentirse celoso.

—¿Es de la familia Barrington que todos conocemos? —le preguntó Rob.

—Si me estás preguntando si su padre era Edward Barrington, la respuesta es sí.

—¿Y su madre era Skyler Barrington? Los dos eran de familias con bastante dinero ¿no?

—Sí —respondió Jed brevemente.

—Jed, ¿por qué te fuiste a Alaska? —le preguntó Rob cambiando de tema—. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando en que mi vida necesitaba un cambio radical. Tú siempre has tenido claro lo que querías. Mi padre me dijo que no estabas casado. ¿Estás saliendo con alguien?

—No salgo con nadie en particular. ¿Estás intentado proteger a tu chica?

—Brianne no es mi chica. Trabajamos juntos en el centro de salud Beechwood. Eso es todo.

—Pues no es eso lo que parece.

—Es demasiado joven.

—¿Ah, sí? ¿No estarás utilizando su edad como una excusa?

¿Tendría Rob razón? Cuando Brianne volvió a la mesa, sintió cómo cada parte de su cuerpo reaccionaba ante su presencia. Esa noche se había sentido feliz por primera vez en mucho tiempo.

Durante las dos horas siguientes, Rob y Jed estuvieron recordando historias del pasado. Brianne escuchaba con atención y Jed reconoció lo diferente que era de Caroline. Su ex mujer siempre tenía que ser el centro de atención, pero Brianne sabía escuchar a los demás. Por eso era una buena enfermera.

Jed miró su reloj y vio que ya eran más de las doce. Le preguntó a Brianne que si ya se quería ir y ella dijo que sí.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —le dijo a Jed mientras se dirigían al coche.

—¿Te ha gustado aprender a jugar al billar?

—Sí y también conocer a tu amigo. Tiene su propia empresa ahora, ¿no?

—Sí, tiene una empresa de construcción —respondió Jed sin mucho entusiasmo. No le gustaba el interés que Brianne mostraba por Rob—. No es tu tipo —añadió cuando ya estaban en el coche.

—Entonces, ¿cuál es mi tipo? —dijo Brianne sin sentirse en

absoluto ofendida.

—Un banquero —respondió Jed.

—Probablemente me aburriría mucho con un banquero.

—¿Por qué vives con Lily? —preguntó Jed mientras salían del aparcamiento.

—¿Por qué vives tú con tu padre?

—Por qué quizá solo esté aquí temporalmente.

—Cuando me mudé con Lily —dijo ella después de un silencio —, no sabía cuánto tiempo me iba a quedar. Supongo que necesitaba amistad y un lugar al que pertenecer.

Cuando llegaron a casa de Brianne, Jed intentó resistirse a acompañarla a la puerta. Durante toda la noche había vencido la tentación de rodearla con sus brazos y besarla. Pero él era un caballero y no podía permitir que ella fuera sola hacia la casa.

—Gracias de nuevo por ayudarme a limpiar la casa de mi padre —dijo Jed intentando irse lo antes posible. La dulce sonrisa de Brianne y el recuerdo de esa noche le hacían difícil olvidarse de su fuerte atracción por ella.

—Dale recuerdos a tu padre —dijo Brianne desconcertada—. Nos vemos el lunes.

Cuando ella entró en casa y cerró la puerta, Jed se alejó con las manos en los bolsillos sabiendo que recordaría esa noche durante mucho tiempo.

Casi una semana después, Jed y Brianne salían de una de las consultas cuando se encontraron a Lily en el vestíbulo.

—Janie ha traído papeletas para una rifa del departamento de bomberos. Si queréis alguna, están encima de mi mesa. Jed, tienes una llamada de teléfono —le informó Lily.

—Gracias, Lily. Brianne, por favor, saca veinte dólares de mi cartera y cómprame unas papeletas. Gracias —dijo sonriendo y alejándose hacia el teléfono.

—Cuánto trabajo hemos tenido esta mañana —le dijo Lily a Brianne mientras se dirigían hacia el despacho de Jed.

—Sí, desde luego.

—¿Todavía te sigue tratando como a una enfermera en vez de como a alguien con quien salió una noche?

El día después de la cena Brianne le había admitido a Lily que había sido una velada maravillosa, pero también le había explicado que de algún modo Jed le había dejado claro que lo único que quería era darle las gracias por su ayuda. Lily no había estado tan segura. Sin embargo, la conclusión de Brianne se había confirmado cuando el lunes por la mañana, Jed había mostrado hacia ella una actitud meramente profesional, como si nunca hubieran cenado juntos o hablado de cosas importantes. Pero algunas veces ella se daba cuenta de que él la estaba observando y veía la pasión que había en sus ojos.

—Supongo que así van a ser las cosas —respondió Brianne. Lily le hizo un gesto de comprensión y se fue al despacho del doctor Olsen.

Brianne vio la chaqueta de Jed colgada en una silla de madera. Buscó la cartera y la encontró en el interior de uno de los bolsillos. La abrió y sacó un billete de veinte dólares, pero antes de cerrarla, vio que en la funda de plástico del permiso de conducir había una fotografía de una adorable niña de unos tres años. Tenía el pelo negro y rizado y unos vivos ojos verdes. Estaba sentada en la hierba, con las piernas cruzadas y con un perro de peluche en sus brazos. ¿Quién sería esa niña? ¿Qué relación tendría con Jed?

Durante el resto del día, Brianne se preguntaba si habría invadido la intimidad de Jed al mirar la foto. En realidad fue él quien le pidió que sacara dinero de su cartera. Ella no había ido a propósito… aunque…

A las cinco y media, Jed y Brianne terminaron con el último paciente.

—¿Tienes las papeletas de la rifa? —le preguntó ella acercándose a su mesa.

—Sí, ya están en mis manos.

—Jed… Cuando saqué el dinero de tu cartera…

—¿Sí?

—Vi la foto de una niña pequeña. Es adorable. ¿Es tuya?

—Era mía. Murió hace cuatro años —dijo Jed con sequedad. Mientras Brianne intentaba asumir esa respuesta, sonó el teléfono —. Yo contesto. Centro de salud Beechwood —respondió—. ¿Es muy serio? De acuerdo, estaré ahí dentro de cinco minutos —dijo con determinación y colgó el teléfono—. Es mi padre. Se ha caído por las escaleras del sótano. Uno de sus amigos lo encontró. Dicen que no se ha roto nada, pero que le ha subido mucho la tensión. Tengo que llegar cuanto antes.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No quiero arruinarte la tarde.

—Si no quieres que vaya, no pasa nada. Pensé que quizá podría ayudar.

Después de unos momentos interminables de silencio en los que se podía percibir claramente la ardiente pasión entre ellos, Jed la envolvió con sus brazos. La acercó hacia él y la besó intensamente.

—Me estás volviendo loco —dijo Jed moviendo la cabeza con frustración. Ella no sabía qué decir—. Te agradecería que vinieras. Quizá puedas calmar a mi padre. Le caes bien.

La intensidad del beso del Jed la había dejado paralizada. Se sentía increíblemente ligera y por una vez en su vida adulta decidió dejarse llevar por el corazón.

—Voy por mi abrigo —dijo sonriendo a Jed.

Capítulo Siete

La sala de urgencias del Hospital General de Sawyer Springs estaba llena de gente. Cuando Jed preguntó en recepción dónde podía encontrar a su padre, le llevaron hacia una habitación en la parte de atrás. Enseguida Jed vio a Ray Orndoff, un viejo amigo de su padre, al lado de su cama.

—¿Por qué lo has llamado? —le preguntó Al enfadado al ver a Jed entrar en la habitación.

—Por que no sabía lo grave que era y él es médico.

—Estoy bien, no te preocupes por mí —dijo Al, pero su cara se iluminó al ver a Brianne—. ¿Te has traído refuerzos?

—Papá, Brianne se ha ofrecido a venir conmigo. Yo no sabía si Ray se podía quedar y pensé que te podría hacer compañía mientras yo averiguaba lo que te pasaba. Voy a ver de lo que me puedo enterar.

Jed encontró al médico y volvió con él a la habitación de Al.

—Dígame lo que me pasa claramente, doctor —le ordenó Al.

—Se ha torcido la rodilla. Quiero que se ponga hielo y la mantenga en alto. Si no mejora en una semana, tendrá que volver a que le pongamos otro tratamiento. También le vamos a dar unas muletas.

—Voy a buscar a alguien que me sustituya mañana —dijo Jed después de que se fuera el doctor—. Así no tendrás que mover la rodilla.

—Tú no te vas a quedar en casa por mí, Jed —le prohibió Al.

—Yo no tengo nada que hacer —dijo Ray—. Puedo ir mañana por la mañana y quedarme hasta que llegues. También puedes contar conmigo la semana que viene.

—¿Puedo confiar en vosotros dos? —preguntó Jed mirando a los dos hombres.

—No te preocupes, Jed, no nos meteremos en líos —contestó Ray.

—Gracias por llamarme, Ray.

—Para eso están los amigos —dijo Ray un poco avergonzado.

—Cuídate, Al —dijo Brianne mientras salía de la habitación.

Jed se unió a ella en el vestíbulo y recordó la conversación que habían tenido antes de salir de Beechwood. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Gracias por venir —le dijo a Brianne con suavidad.

—No he hecho nada.

—Sí, sí has hecho algo. Vi cómo los ojos de mi padre se iluminaban cuando te vio llegar a la habitación. Estaba asustado y tú le has ayudado a superar un poco ese miedo —cada vez con más frecuencia, Jed se daba cuenta de que Brianne siempre trataba de quitarle importancia a lo que hacía—. Tienes un don especial para la gente, Brianne. Ojalá lo tuviera yo.

—Tú también lo tienes —protestó ella—. Te preocupas mucho por tus pacientes y ellos lo saben. No hay muchos médicos como tú. ¿Crees que tu padre estaba menos asustado porque me vio a mí? Yo vi su cara de alivio porque tú estabas ahí. No infravalores el lazo que hay entre vosotros dos, Jed. Tu padre está orgulloso de ti y tú también lo admiras a él —dijo Brianne con decisión y de repente poniéndose muy seria—. Siento mucho haber visto la foto en tu cartera. No tenía ninguna intención de…

—¿Seguro que no?

—No, yo no tenía ninguna intención de fisgonear en tu vida, pero cuando vi esa foto, empecé a comprender muchas cosas. A veces estás triste cuando estás con niños.

—Brianne, este no es el lugar adecuado para hablar de esto. Además no quiero hablar de ello.

—¿Alguna vez lo has intentado? Podría ayudarte.

—No. A ti te resulta muy fácil hablarme de cuánto echas de menos a tus padres. Yo no soy así. Y cuando un niño muere… —dijo Jed incapaz de terminar la frase.

—Lo siento, Jed —dijo ella tomándolo del brazo.

—Te acompaño al coche —añadió Jed con sequedad y bruscamente alejándose de ella.

—No hace falta.

—Te acompaño —insistió Jed y anduvo con ella hacia el coche en medio de un incómodo silencio.

Mientras la veía alejarse, no pudo evitar preguntarse si Brianne tendría razón. ¿Hablar de Trisha lo ayudaría a encontrar la paz?

El sábado por la tarde, Jed había quedado con Rob para jugar un partido de fútbol en el hielo, como solían hacer cuando los dos vivían en Sawyer Springs. Después de unas cuantas caídas, Jed se detuvo a descansar. Podía oír las risas de unos niños que bajaban una cuesta de nieve con sus trineos.

—Tengo mucho trabajo. Será mejor que me vaya —dijo Rob después de mirar su reloj—. ¿Tú te quedas?

—Sí, me voy a quedar a mirar los trineos un rato.

Cuando se fue Rob, Jed se dio cuenta de que había muchos más coches en el aparcamiento del lago. Los padres habían llevado a sus hijos aprovechando que era un buen día para ir en trineo. De repente, reconoció que uno de los coches era el de Lily Garrison. Lily salió del coche y sacó a Megan del asiento de atrás. Jed también vio a Brianne. Parecían equipadas para bajar en trineo. Sin pensárselo dos veces, se acercó a ellas.

—Hola, doctor Jed —le dijo Megan.

—Hola, Megan.

—¿Quieres venir con nosotras? —le preguntó la pequeña.

—Me temo que no he traído mi trineo.

—Nos podemos turnar —le ofreció Lily con una sonrisa.

—Vamos, Jed, te vendrá bien un poco de diversión —lo animó Brianne.

Se lo había pasado tan bien con Brianne aquella noche jugando al billar. Ella llenaba su vida de frescura y de un espíritu de felicidad que hacía mucho tiempo que no sentía.

—De acuerdo, señorita Barrington —dijo él divertido—. Vamos a ver quién llega más lejos con el trineo.

Poco tiempo después, Jed estaba con Brianne en lo alto de la colina.

—¿Quieres bajar tú primero?

—No, ve tú primero —respondió Brianne.

Se turnaron durante un tiempo, hasta que empezó a ponerse el sol.

—¿Qué te parece que la última vez bajemos juntos? Hay una hoguera y nos iría bien calentarnos antes de volver a casa. Me parece que Lily y Megan ya están allí.

—Me parece estupendo —dijo Brianne sin pensar en lo cerca que iban a estar sus cuerpos dentro del trineo. Jed se sentó detrás de ella y la rodeó con sus brazos para guiar el trineo.

—¿Estás preparada? —cuando Brianne asintió, Jed dio impulso con un pie y empezaron a bajar la colina a gran velocidad. Jed sujetaba a Brianne con fuerza y de pronto se olvidó de todo su

pasado. Cuando llegaron, todavía la rodeaba con sus brazos y sentía la proximidad de sus mejillas—. ¡Ya estamos aquí!

—Es una pena que esté oscureciendo.

—Será mejor que nos vayamos antes de que Lily se empiece a preocupar —dijo Jed tratando de evitar una mayor intimidad.

—Ella sabe que estoy contigo. Sabe que estoy segura.

—¿Por qué crees que estás segura conmigo, Brianne?

—Por que lo sé, Jed. Eres un hombre bueno.

—Los hombres buenos también tienen sus debilidades —dijo Jed de pronto acariciando las frías mejillas de Brianne con sus dedos.

—Jed…

—Esta noche no, Brianne —dijo Jed sabiendo que ella iba a preguntarle algo que él no quería contestar. Le envolvió los hombros con sus brazos y empezaron a subir la colina.

Cuando llegaron a la hoguera, Lily les dio una taza de chocolate caliente. Jed vio que Brianne observaba con atención a unos chicos que estaban jugando al hockey sobre hielo.

—Parece que se lo están pasando bien —comentó él.

—Me recuerdan a alguien que quería dedicarse al hockey sobre hielo.

—¿Alguien importante?

—Un amigo de la infancia.

—¿Quizá más que un amigo?

—Pensaba que me iba a casar con Bobby Spivak. Nos conocimos en el jardín de infancia y siempre fuimos juntos en el colegio. Éramos algo más que buenos amigos.

—¿Y se fue a jugar al hockey y te dejó aquí?

—No. Murió. Bobby es la razón por la que me hice enfermera —dijo con suavidad—. Cuando teníamos diecisiete años, los médicos descubrieron que tenía leucemia. Yo me dediqué a cuidarlo y a pasar el tiempo con él.

—¿Fue Bobby ese mejor amigo que te ayudó cuando te enteraste de que eras adoptada?

—Sí —afirmó Brianne.

De repente, Megan se acercó a ellos interrumpiendo la conversación.

—Mamá dice que nos tenemos que ir ya.

—Dile a tu mamá que voy por mi trineo y que nos vemos en el coche.

—Yo te lo llevo —le ofreció Jed.

—No te preocupes, Jed. Soy más fuerte de lo que parece.

Jed vio que en realidad Brianne tenía que ser más madura de lo que él había pensado. Había conocido la tristeza y el dolor igual que él. Sus sentimientos por ella se estaban empezando a complicar y se dio cuenta de que no solo la deseaba, sino que la admiraba y la respetaba. También quería pasar más tiempo con ella.

Quizá le podría hablar de Trisha.

Había sido una semana extraña para Jed. Todos los días iba a ver cómo estaba su padre en las horas de trabajo. Había trabajado con Brianne como si nada hubiera pasado y no podía dejar de recordar lo cerca que había estado de ella en el trineo. Mientras conducía hacia su casa, se preguntaba cómo encontrar una manera fácil de hablarle de Trisha.

—Me estoy volviendo loco —le dijo su padre en cuanto cruzó la

puerta—. Tengo que salir de aquí. Vamos a jugar a los bolos mañana por la noche. Ya sé que yo no puedo jugar, pero por lo menos puedo ver cómo se divierten los demás.

—Le puedo decir a Brianne que si quiere venir con nosotros.

—¿Crees que le gusta jugar a los bolos?

—No lo sé, pero no pasa nada por preguntar —dijo Jed dirigiéndose al teléfono y marcando el número de Brianne—. Brianne, soy Jed.

—¿Pasa algo? ¿Está tu padre bien?

—Sí, mi padre está bien. Le dije que le llevaría a jugar a los bolos mañana y me preguntaba si te gustaría venir con nosotros.

—El sábado por la noche la bolera está llena de gente —dijo Brianne después de un momento de silencio.

—Sí, pero si vamos temprano, podemos jugar una partida, comer en el restaurante y después ver jugar a los amigos de mi padre. Pero, bueno, no quiero que te sientas obligada.

—No me siento en absoluto obligada, Jed. Me encantaría ir.

Jed se sentía feliz de que Brianne aceptara su invitación. Quizá demasiado feliz…

Capítulo Ocho

La bolera estaba llena de gente, pero Al vio a sus amigos inmediatamente y se fue con ellos alejándose de Jed y Brianne.

—Nos vemos luego —dijo Al.

—No creo que nos tengamos que preocupar de él esta noche —dijo Brianne riéndose.

—Espero que no se olvide de su rodilla y se ponga a jugar —añadió Jed mientras dirigía a Brianne hacia el mostrador en el que se alquilaban los zapatos.

Cuando empezaron a jugar, Jed observaba a Brianne con atención. Se dio cuenta de que no hacía falta estar cerca de ella para quererla, para que se le acelerara el corazón o para hacer volar su imaginación. Le sorprendió que tan solo la sonrisa de Brianne al hacer una buena jugada era suficiente para excitarlo. Ella sabía cómo disfrutar la vida y a él se le había olvidado. A pesar de intentar apagar su atracción por ella, le gustaba trabajar con ella todos los días, pasar tiempo con ella y sentir su comprensión con los pacientes.

Unas horas más tarde, después de haber comido y de haber visto a los amigos de Al, Jed decidió ir primero a su casa para dejar a su padre.

—¿Te apetece pasar? —le dijo Jed a Brianne al llegar—. Podríamos encender el fuego y hacer un chocolate caliente.

—¿Por qué no? Suena bien.

Cuando entraron a la casa, Al colgó el abrigo y se dirigió hacia las escaleras.

—Estoy muy cansado, Jed, nos vemos mañana. Hasta luego, Brianne.

Brianne se despidió de Al y se sentó en el sofá. Jed empezó a

encender la chimenea.

—Esto se calentará más dentro de unos minutos.

—Estoy bien. He oído que van a subir las temperaturas esta semana —dijo Brianne y viendo la expresión preocupada de Jed, se dio cuenta de que la conversación tenía que cambiar—. ¿En qué piensas, Jed?

—Supongo que he estado pensando en lo que me dijiste.

—¿Sobre hablar de lo que le pasó a tu hija?

—Sí. Siempre que pienso en Trisha, siento un enorme dolor en el pecho. Supongo que no lo quería empeorar hablando de ella.

—No creo que sea así. A veces duele recordar, pero el hecho de contarlo hace que lo veamos con más objetividad.

—Nunca he visto esto con objetividad. Quizá porque me siento culpable. Hay tantas cosas por las que culparme. Ya te dije que dejé Sawyer Springs porque quería algo más que la vida en un pueblo pequeño. Además quería que la vida de mis padres fuera más cómoda. El puesto en Los Ángeles era perfecto y elegí cirugía plástica porque sabía que podría vivir muy bien. Supongo que no me di cuenta de dónde me estaba metiendo. El trabajo me encantaba, pero el mundo que lo rodea…, los valores, la gente… Quizá sólo conocí a las personas que encontraban el significado de la vida en los coches, el éxito y las mujeres. Yo buscaba algo de significado cuando conocí a mi ex mujer, Caroline.

—¿Te enamoraste?

—Me enamoré de todo lo que ella representaba. Su familia tenía todo por lo que yo estaba luchando. Su padre era el presidente de un banco y su madre daba unas fiestas increíbles. Empecé a vernos a nosotros mismos con una vida perfecta, con unos niños perfectos. Una vez le hicimos una visita a mi padre y ella no quiso quedarse en su casa, sino en un hotel en Madison. Pensaba que mi padre era un maleducado y un inculto. Entonces él dejó bastante claro que no le gustaba Caroline. En ese momento, yo sólo lo veía como otro punto de discordia entre nosotros dos. No entendía cuál podía ser el

problema de mi padre con Caroline. Pero después del primer año de matrimonio, me di cuenta de que había tenido razón. Caroline quería seguir su propia agenda. Quería convertirme en alguien como su padre, programaba un fin de semana en París, o en Nueva York. Yo quería tener niños, formar una familia, enseñar a mi hija a nadar… —Jed en ese momento sintió un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Cuéntamelo, Jed.

—El embarazo de Caroline fue un accidente, porque ella estaba tomando la píldora anticonceptiva, pero pareció gustarle la idea de tener un bebé. Lo único que no quería era sentirse atada e insistió en que contratáramos a una niñera, así estábamos libres por las noches y los fines de semana. A veces yo cuidaba de Trisha mientras Caroline jugaba al tenis o se iba a esquiar, pero en algunas ocasiones yo tenía compromisos de trabajo durante el fin de semana. Cuando Trisha tenía apenas tres años, tuve que ir a San Diego un fin de semana a dar unas conferencias. Nuestra niñera habitual no se pudo quedar con Trisha ese fin de semana, así que se quedó Caroline. El sábado por la tarde recibí una llamada de teléfono. Era de la policía para comunicarme que mi hija se había ahogado.

—¡Oh, Jed!

—Volví inmediatamente. La policía estaba en el hospital con Caroline y su padre. Por lo visto la verja de la piscina no estaba cerrada. Caroline dijo que sólo se había descuidado unos minutos, pero en esos minutos Trisha había ido a la piscina y se había ahogado —añadió Jed sin poder controlar sus emociones—. La muerte fue considerada accidental. Y lo fue. Intenté mantener mi matrimonio unido, era todo lo que me quedaba. Intentaba repetirme que habría pasado lo mismo si yo hubiera estado en casa, pero sabía que no era verdad. Yo nunca descuidaba a Trisha. Caroline y yo vivimos como extraños durante unos meses, hasta que una noche todo explotó. Tuvimos una discusión en la que ella me culpaba de no haber estado en casa ese fin de semana. Yo estaba lleno de ira contra ella por no ser una buena madre… Esa noche los dos nos dimos cuenta de que nuestro matrimonio se había acabado. Caroline se fue de casa y un mes más tarde yo me fui a Alaska y desaparecí en la nieve y el frío.

—¿Y encontraste lo que estabas buscando?

—Encontré una vida diferente. Al principio estaba ausente, pero después de un tiempo empecé a apreciar la belleza de Alaska y de su gente. Me gustaba vivir allí, pero en el fondo sabía que me estaba escondiendo. Tenía que tomar decisiones sobre mi vida y Sawyer Springs fue el primer paso.

—¿Qué es lo que más te gustaba de ser padre? —le preguntó Brianne.

—Me encantaba darle de comer. Cada día era una aventura, porque cuando ella aprendía algo yo también lo hacía. Me duele tanto, Brianne —dijo moviendo la cabeza con frustración—. En cuatro años no ha cambiado nada.

Todo lo que Jed deseaba hacer era deshacerse de su dolor y que desapareciera durante unos minutos. Solo lo conseguiría si besara a Brianne y sintiera su dulzura y su sabor. Se inclinó hacia ella y se sumergió en un beso que le hizo olvidarse de todo lo demás. Esa noche no iba a intentar controlar su deseo ni la necesidad de su cuerpo.

La volvió a besar con pasión hasta que sintió cómo los dedos de Brianne se agarraban a su pelo con fuerza. Paró un instante y se dispuso a seguir cuando oyó a Brianne murmurar su nombre. Su voz era tan suave… tan llena de deseo. Y él supo que esa noche se había equivocado. Sabía que había sido un error llevarla a casa y contarle todo.

—Brianne, ¿eres virgen?

—Sí —murmuró ella.

—No podemos hacer esto.

—¿Porque no tengo la experiencia suficiente?

—Porque tengo dieciséis años más que tú y no quiero tener una relación seria nunca más. El matrimonio cuesta demasiado.

—Será mejor que me lleves a casa —dijo Brianne con dolor.

Eso era exactamente lo que Jed iba a hacer. Y después iba a pensar cómo podría conseguir que el doctor Olsen y él se cambiaran las enfermeras. Trabajar con Brianne le distraía demasiado y Jed no quería cometer ningún otro error.

La semana siguiente Brianne siguió su trabajo de forma mecánica. Después del sábado por la noche, comprendía mejor los mecanismos de defensa de Jed y sabía que solo las palabras no le convencerían de darse otra oportunidad en el amor. Ella se sentía capturada por sus sentimientos hacia él. El problema era que su experiencia en el matrimonio había sido demasiado dolorosa. Pero tenía que trabajar con él sin que le afectara personalmente y en ese momento le resultaba una tarea extremadamente difícil.

Pensó en el puesto que había solicitado en el proyecto de médicos voluntarios para ayudar a niños necesitados. Debería mirar cómo iba su solicitud. Se fuera o no, antes debería decidir qué hacer con el legado de sus padres. Ya tenía un plan formado en su cabeza y ese plan incluía a Jed, entre otras cosas, porque lo ayudaría a aliviar las heridas del pasado. Decidió hablar con él.

—¿Puedo hablar contigo unos minutos? —dijo Brianne entrando en su despacho.

—¿De qué se trata? —preguntó él en el tono neutral que había utilizado en los últimos días.

—He tomado una decisión sobre el legado de mis padres. He estado pensando en esta idea desde el día que ayudamos a Doreen y a sus hijos.

—¿Tiene Doreen algo que ver con el legado?

—Sería posible que Ben fuera el primer beneficiario. ¿Qué te parecería si utilizara el dinero de mis padres para construir un centro de cirugía plástica infantil?

—¿Querrías que estuviera en Sawyer Springs?

—¿Por qué no? Podría ser bueno para el pueblo también. La gente podría traer aquí a sus niños desde todas partes de Estados Unidos. También podríamos construir una casa en la que se pudieran quedar mientras están aquí.

—¿Podríamos?

—Me gustaría que tú fueras el director. Tú sabrías exactamente todo lo que se necesita.

—¿Por qué yo?

—Porque creo que serías perfecto.

—Brianne, creo que después de lo que pasó el sábado, los dos deberíamos saber que tenemos que tener cuidado. He estado pensando en decirle al doctor Olsen que intercambiáramos las enfermeras.

—¿No estás satisfecho con mi trabajo?

—Sabes que no es eso. Nos atraemos mutuamente y eso provoca una situación incómoda.

Brianne sabía que sería más fácil para ella trabajar para el doctor Olsen, pero le gustaba trabajar con Jed a pesar de la tensión que había entre ellos.

—¿No hemos trabajado perfectamente bien en estos últimos días?

—Sí —dijo Jed después de un instante de duda.

—Entonces, me gustaría seguir trabajando contigo. Y en cuanto al centro de cirugía plástica, eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tú eres la que pone el dinero.

—Eso es verdad, pero puedo crear un consejo que no me incluya a mí. Estoy segura de que lo harías muy bien, Jed. Podrías determinar qué niños necesitan con más urgencia ese tipo de

cirugía.

—¿Cuál es la verdadera razón de que quieras que haga este trabajo?

—Creo que lo necesitas —admitió Brianne.

—El hecho de que tú creas que un trabajo como el que me estás ofreciendo podría ayudarme, no significa que sea así. Superar una pérdida no es tan fácil.

—Ya lo sé, pero lo podrías pensar al menos.

—¿Cuánto tiempo tengo para tomar la decisión?

—No hay un límite de tiempo. Dímelo cuando lo decidas. Yo voy a seguir adelante con el centro seas o no el director.

—No es una decisión que vaya a tomar a la ligera. Necesito tiempo.

—Lo comprendo —dijo Brianne. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres trabajar para el doctor Olsen?

—Estoy segura. Eres un buen médico, Jed, y aprendo contigo todos los días. Si a ti te parece bien, me gustaría seguir siendo tu enfermera.

Salió del despacho con lágrimas en los ojos. Deseaba profundamente ser algo más.

Bea Brinkman llamó a Brianne para invitarla a una fiesta sorpresa para Lily y Brianne se alegró de tener algo que apartara a Jed de sus pensamientos. La madre de Lily le pidió una lista de todos los compañeros de Beechwood y de sus números de teléfono. Brianne hizo la lista y se preguntaba si Jed iría a la fiesta.

Cuando Brianne llegó a casa de Bea el sábado por la tarde, se dio

cuenta de que Jed ya estaba allí. Estaba hablando con Doug y con el doctor Olsen. La saludó con frialdad, pero la brillantez de sus ojos delataba su ardiente deseo por ella. Brianne sintió el mismo ardor en todo su cuerpo. Los dos luchaban contra esa atracción. Por razones de seguridad…

Brianne no cesaba de pensar en el peligro que Jed suponía para su corazón. Temía no ser suficiente para un hombre como él y que él nunca superaría su matrimonio ni la muerte de Trisha. Desde la muerte de Bobby, sus relaciones con los hombres no habían ido más allá de la pura amistad. No había querido nada más. Hasta Jed. Pensaba que con él quizá no debería tomar el camino más seguro, que esa vez debería arriesgarse.

Cuando Bea vio las luces del coche de Lily, hizo señales a todos los invitados para que se escondieran. Brianne solo encontró un sitio al lado de Jed. El espacio reducido hacía que estuvieran muy cerca el uno del otro y Brianne sintió cómo Jed se excitaba y respiraba profundamente. No podía moverse ni hacer ruido y el contacto con el cuerpo de Jed le estremecía todo su cuerpo. Le pareció una eternidad el tiempo que tuvieron que esperar hasta que Lily y Megan cruzaran la puerta.

—¡Sorpresa! —gritó todo el mundo mientras se acercaban a ella para desearle un feliz cumpleaños.

—Será mejor que vaya a felicitarla —dijo Brianne por fin alejándose de Jed.

Cuando Brianne se acercó, Doug rodeaba los hombros de Lily con su brazo.

—Gracias por convencer a mi madre de que lo invitara —dijo Lily abrazando a Brianne.

—Yo no le dije nada. Creo que ha sido por iniciativa propia. Quizá haya decidido que un experto en ordenadores en la familia no estaría tan mal.

—Este sí que es un buen regalo de cumpleaños —dijo Lily con una amplia sonrisa.

Como Brianne había prometido, ayudó a Bea a servir la comida y las bebidas. Cuando ya iba a sentarse, se dio cuenta de que la única silla libre estaba al lado de Jed. Para evitar una situación incómoda, se fue a la cocina.

Unos minutos más tarde, Jed también fue a la cocina con una expresión seria.

—¿Has venido aquí para esconderte?

—No me estoy escondiendo —respondió ella.

—Tampoco estás comiendo.

—Demasiada excitación, supongo.

—Excitación por la fiesta o por lo que nos acaba de pasar mientras estábamos escondidos.

—Lo siento si te ha resultado muy incómodo…

—No es culpa tuya, Brianne. Los dos nos atraemos mutuamente, pero sabemos que es mejor que no hagamos nada —dijo Jed con seguridad. Brianne no estaba tan segura. De repente pensó que quizá se hubiera enamorado y palideció—. ¿Te pasa algo? —preguntó Jed.

—No, creo que estoy un poco cansada.

—Mira, Brianne —dijo Jed acercándose a ella—, si vamos a trabajar juntos, tenemos que pensar cómo hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Estar juntos y no tratarnos como extraños.

—Quizá podamos ser amigos.

—Quizá —dijo Jed con una voz profunda que delataba sus verdaderos deseos.

Megan llegó corriendo a la cocina.

—Mi mamá va a abrir los regalos. Venid a verlos.

—¿Tiene muchos regalos tu mamá? —preguntó Jed acariciando a la pequeña.

—Muchos, muchos. Vamos, te puedes sentar conmigo —dijo Megan agarrando la mano de Jed y llevándole hacia el cuarto de estar.

Brianne se quedó pensando en el proyecto de voluntarios en Sudamérica. El lunes llamaría para enterarse de cómo iba su solicitud. Quizá eso le solucionaría el dilema de su amor por Jed.

El lunes por la tarde, Brianne se quedó sola en la oficina y marcó el número de teléfono que aparecía en el folleto del proyecto. Le dijo a la recepcionista que quería preguntar por su solicitud y la pasaron con una mujer de voz agradable llamada Zoie Poist.

—¿Qué desea? —preguntó la señorita Poist.

—Me llamo Brianne Barrington y me gustaría saber si mi solicitud para el proyecto ha sido rechazada o…

—Voy a consultarlo en el ordenador. El equipo de voluntarios se iría en mayo, así que tenemos que haber considerado las solicitudes antes de un mes. A ver… Barrington… Brianne. Su solicitud está en el despacho del doctor Tartuff. Es una buena señal. Espere un momento, quizá le pueda dar una respuesta —la señorita Poist volvió en dos minutos—. Su nombre está en una lista para una entrevista. ¿Cuándo puede venir a Minneapolis?

Brianne tendría que avisar con algo de tiempo para que encontraran a alguien que la sustituyera en el trabajo. Si se iba el domingo, podría tener la entrevista el lunes y volver esa misma noche. Así sólo perdería un día de trabajo.

—Puedo ir el próximo lunes.

—El doctor estará libre a las once.

—Estupendo.

Cuando Brianne colgó, miró el folleto que había sobre su mesa. Sería muy emocionante trabajar en ese equipo, pero sabía que en realidad ella lo veía como una manera de escapar de su amor por Jed.

Capítulo Nueve

El lunes por la noche, sentado en el sofá delante de la chimenea, Jed se preguntaba por qué Brianne no habría ido al trabajo. Lily simplemente le había dicho que tenía que solucionar algunos asuntos privados.

¿Serían asuntos relacionados con el legado de sus padres? En los últimos días, había estado pensando en el trabajo que le ofrecía Brianne. Sería un trabajo no muy gratificante, pero no estaba seguro de pudiera trabajar sólo con niños.

—¿Qué hay de cena? —le preguntó Al que acababa de entrar en la habitación.

—Pavo o pasta. Tú decides.

—Pasta —dijo Al y se sentó en su sillón. Jed pensó que ese sería un buen momento para hablar con él de algo que había estado pensando durante mucho tiempo.

—¿Has pensado alguna vez en vender esta casa?

—¿Y dónde iría? ¿Quieres llevarme a una residencia?

—No, no es lo que estaba pensado. Pensaba en un lugar con menos escalones y más cómodo para ti. Podríamos encontrar algo para los dos. Podría comprar una casa de dos pisos. Yo ocuparía el de arriba y tú el de abajo y compartiríamos la cocina.

—Entonces, ¿te vas a quedar aquí?

—Me siento bien aquí. No es como antes.

—No permitiría que compraras la casa tú solo. Yo pagaría mi parte.

—Para mí sería una inversión y tú te podrías guardar el dinero para cuando realmente lo necesitaras.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —dijo Al mirando a Jed fijamente.

—Necesito poner mi vida en orden y esto sería un buen comienzo. Por cierto, hablé con Chris y Ellie la semana pasada. Van a venir este fin de semana. ¿Qué te parece?

—¿Que vienen los dos? ¿Y vamos a estar todos juntos? —dijo Al visiblemente emocionado.

Su padre podía ser un viejo gruñón, pero como todos los padres lo que quería era estar cerca de sus hijos. Jed se dio cuenta de que nunca había cuidado de los lazos familiares, pero en ese momento estaba dispuesto a cambiar.

El miércoles por la tarde había una campaña de donación de ropa usada en Sawyer Springs. Lily, Megan y Brianne habían ido a colaborar. Brianne no dejaba de pensar en su entrevista en Minneapolis. Le había gustado todo el mundo que había conocido allí, pero dejar Sawyer Springs… y dejar a Jed…

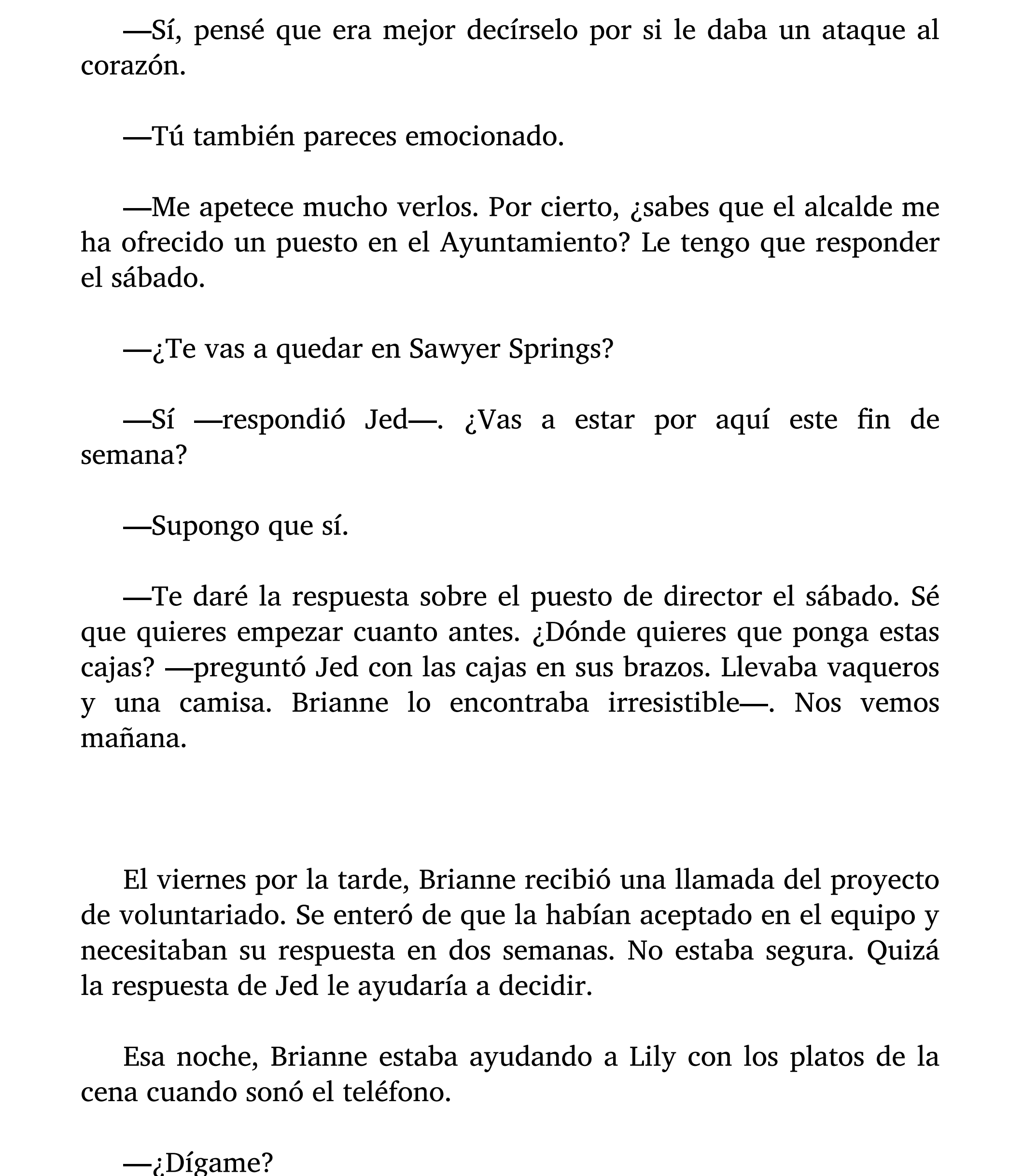
Oyó el timbre de la puerta varias veces y al levantar la cabeza vio que era Jed.

—No sabía que estarías ayudando aquí esta noche —dijo con un tono casual. Casi no se habían hablado desde que Brianne se había ido a Minneapolis, aunque los signos de pasión eran más que evidentes cuando estaban trabajando—. Mi padre ha decidido vaciar su armario. Aquí hay trajes que dice que nunca se volverá a poner.

—Están muy bien —dijo Brianne examinando las prendas. Al devolverlas a la caja, Jed la ayudó. Sus manos se enredaron y se encontraron sus miradas. Brianne sintió un deseo profundo difícil de calmar.

—Ellie y Chris vienen mañana por la noche.

—¿Lo sabe tu padre?



—Sí, pensé que era mejor decírselo por si le daba un ataque al corazón.

—Tú también pareces emocionado.

—Me apetece mucho verlos. Por cierto, ¿sabes que el alcalde me ha ofrecido un puesto en el Ayuntamiento? Le tengo que responder el sábado.

—¿Te vas a quedar en Sawyer Springs?

—Sí —respondió Jed—. ¿Vas a estar por aquí este fin de semana?

—Supongo que sí.

—Te daré la respuesta sobre el puesto de director el sábado. Sé que quieres empezar cuanto antes. ¿Dónde quieres que ponga estas cajas? —preguntó Jed con las cajas en sus brazos. Llevaba vaqueros y una camisa. Brianne lo encontraba irresistible—. Nos vemos mañana.

El viernes por la tarde, Brianne recibió una llamada del proyecto de voluntariado. Se enteró de que la habían aceptado en el equipo y necesitaban su respuesta en dos semanas. No estaba segura. Quizá la respuesta de Jed le ayudaría a decidir.

Esa noche, Brianne estaba ayudando a Lily con los platos de la cena cuando sonó el teléfono.

—¿Dígame?

—¿Brianne, eres tú?

—Sí, Al, soy yo.

—Bien. ¿Qué vas a hacer en las próximas dos horas?

—No estoy segura.

—Tengo aquí a todos mis hijos y nos gustaría que conocieras a Chris y a Ellie. ¿Por qué no vienes a tomar algo?

Brianne estaba sorprendida y emocionada por la invitación de Al. Le encantaría conocer a los hermanos de Jed. ¿Significaría eso que Jed la estaba permitiendo entrar en su vida?

—En cuanto me arregle, voy para allá.

Después de despedirse de Megan y Lily, se dirigió a casa de Jed contenta y emocionada. Cuando llegó, llamó al timbre. La puerta se abrió y apareció Jed con gesto de sorpresa.

—Brianne.

—La he invitado para que conozca a Chris y a Ellie —dijo Al.

—Estoy seguro de que a ellos les encantará conocer a Brianne —añadió Jed sintiéndose atrapado—. Pasa.

Brianne se sintió como una estúpida. Ella nunca hubiera puesto a Jed en una situación así y esperaba que él lo supiera. Una vez dentro de la casa, no tuvo la oportunidad de hablar con él a solas. Chris y Ellie eran muy simpáticos y Brianne enseguida se sintió cómoda. Al también le presentó a unos amigos suyos.

Brianne se quitó el abrigo y Ellie la llevó con ella hacia el sofá.

—Ven a hablar conmigo —dijo Ellie—. Mi padre me ha dicho que Jed y tú estáis saliendo, pero que no lo queréis hacer público porque los dos trabajáis en Beechwood.

—No estamos saliendo exactamente —dijo Brianne—. Hemos salido juntos alguna vez. Eso es todo.

—Estoy segura de que hay algo —dijo Ellie viendo cómo Jed miraba a Brianne— y mi padre está intentando animaros. ¿Has oído hablar de Caroline?

—Sé que es la ex mujer de Jed.

—A mi padre no le gustaba nada.

Brianne no se sentía cómoda hablando de todo eso con la hermana de Jed, pero no sabía cómo evitarlo. De repente, Jed se acercó a ella.

—Brianne, tendrás que tomar algo. ¿Por qué no vienes conmigo a la cocina? —le preguntó Jed. Ella no tenía ni hambre ni sed, pero lo seguiría a cualquier parte—. ¿Quieres cerveza o vino?

—Cerveza está bien.

—¿Te estaba Ellie haciendo el tercer grado?

—No exactamente. Jed, quiero que sepas que he venido esta noche porque pensaba que tú también habías pensado invitarme. Tu padre lo hizo parecer así.

—Está tan contento de tenernos a todos aquí que se lo quiere contar a todo el mundo —dijo él encontrándose con la fija mirada de Brianne. Reaccionó al oír voces que provenían del cuarto de estar.

—Brianne, Jed, venid, que vamos a hacer una foto.

Ellie decidió hacer una foto de Jed y Brianne al lado de la chimenea. Él rodeó los hombros de Brianne con su brazo. Ella recordó los otros momentos en los que había sentido sus brazos. Siempre se excitaba y también se sentía segura. No podían negar la química que había entre ellos.

No tuvo ninguna otra oportunidad durante la fiesta de estar a solas con Jed. Había demasiada gente y demasiadas conversaciones. Eran las diez cuando miró el reloj y fue a la cocina a buscar su abrigo.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo Al.

—Yo también me alegro.

—No abandones con mi hijo. Solo necesita un pequeño empujón en la dirección adecuada. Ten paciencia.

Brianne volvió al cuarto de estar a despedirse de todo el mundo.

—Nos vemos mañana —le dijo Jed mientras la acompañaba a la puerta—. No sé a qué hora, pero después de mi cita con el alcalde.

—De acuerdo.

—Me alegro de que mi padre te invitara esta noche —dijo Jed mirándola como si quisiera tenerla en sus brazos y besarla.

Eso era lo que Brianne quería, lo que esperaba y con lo que todos los días soñaba.

El sábado por la tarde Brianne estaba en el porche cuando vio acercarse a Jed. Estaba deseando saber qué decisión había tomado.

—Vamos a cenar. ¿Te apetece quedarte? —le dijo Brianne.

—Quédate, Jed, y después Brianne y tú podréis hablar en privado. Megan y yo vamos a ir a casa de Doug.

Jed accedió sabiendo que sería la mejor oportunidad para hablar con Brianne.

—¿Cuándo se van Chris y Ellie? —le preguntó Brianne cuando estaban todos en la mesa.

—Mañana por la mañana. Mi padre los va a echar de menos.

—Quizá la próxima vez ya no tardaréis tanto en volveros a reunir.

—Eso espero. Todos estamos decididos a no dejar pasar tanto tiempo.

Después de cenar, limpiaron los platos y Lily y Megan se despidieron. Jed se dirigió al cuarto de estar.

—¿Por qué no nos sentamos aquí? —dijo señalando el sofá—. Brianne, tengo que decirte que me siento muy honrado con tu

proposición.

—¿Pero?

—Pero no creo que sea un trabajo adecuado para mí. De hecho, voy a abrir una consulta privada.

—¿Vas a dejar Beechwood?

—¿No crees que es lo mejor? Aunque trabajamos bien juntos, es difícil estar cerca de ti. Siempre estoy pensando en besarte en vez de concentrarme en mi trabajo.

—No tienes que abrir una consulta privada. Yo puedo…

—No es sólo por ti. Quiero trabajar yo solo por varias razones. La principal es que puedo dedicar un día a la semana a pacientes que no se puedan permitir pagar el seguro.

—Es una idea maravillosa —dijo Brianne mirándolo con respeto y admiración—. Jed, yo también voy a dejar Beechwood.

—¿Qué?

—Me han ofrecido un puesto para formar parte de un equipo en un proyecto de voluntariado.

—¿Y qué pasa con el centro de cirugía plástica?

—Ya he llamado a algunas personas para que formen parte del consejo y han aceptado. Puedo dejar la fundación organizada antes de que me vaya. Quizá tú podrías sugerir el nombre de algún experto en cirugía plástica para que cubra el puesto de director.

—¿Estás segura de que quieres dejar Sawyer Springs?

—Es algo que tengo hacer. Mis sentimientos por ti…

Él también sentía muchas cosas por ella. El hecho de no verla durante meses… Extendió la mano y acarició su sedoso pelo. Aunque intentaba decirse a sí mismo que no debía hacerlo, no pudo evitar inclinarse hacia ella para besarla. Ella también se acercó a él

y de pronto se encontró en sus brazos, sumergida en un dulce beso.

Jed introdujo la lengua en su boca y ella respondió con un fervor y una pasión que se ocultaban bajo su inocencia. Unos momentos después, él acariciaba sus pechos y Brianne gemía pidiendo más. Jed le levantó el jersey y le desabrochó el sujetador. Ella desabrochó los botones de su camisa y puso las manos en el pecho.

—¡Oh, Jed! Te quiero.

Todo en él se paralizó. Dejó de acariciarla y de besarla.

—No puedo hacer esto. Es un error.

—¿Es un error porque te quiero?

—Sí, Brianne, no quiero que me quieras. No quiero aprovecharme de ti.

—No te estás aprovechando de mí. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—¿Y si te quedas embarazada?

—Entonces tendré un hijo tuyo.

—Eso prueba lo joven que eres, Brianne —dijo él con un profundo dolor—. Los niños necesitan dos padres que quieran estar juntos.

—¿Joven? —dijo Brianne furiosa. Jed no creía haberla visto así antes—. El hecho de que tenga sueños no significa que sea joven. Además he visto a Lily cómo ha luchado por su hija. Aunque fuera difícil, merecería la pena tener un hijo tuyo. El problema es que no quieres volver a ser feliz. No quieres arriesgarte.

—Brianne… No tienes derecho a juzgarme.

—Ya sé que no tengo derecho, pero déjame decirte que el corazón humano está hecho para amar y para ser amado. Ya sé que el amor puede llegar a herir y he intentado reprimir todo lo que

siento por ti. Pero, por desgracia, a veces el amor es más fuerte y no lo podemos controlar.

—Creo que no tenemos nada más que decir —dijo Jed abrochándose la camisa—. Cuanto antes me vaya de Beechwood, mejor. Mientras tanto, tenemos que evitar que nuestros sentimientos personales se mezclen con nuestro trabajo.

—Esa es la diferencia entre tú y yo, Jed, yo no puedo ignorar así mis sentimientos. Y no te preocupes, presentaré mi dimisión el lunes.

En silencio, Jed se alejó de la casa, dejando tras de sí un pedazo de sí mísmo.

Capítulo Diez

El domingo por la tarde, Jed necesitaba algo de actividad que le distrajera de sus pensamientos. Aunque había pasado el resto de la tarde del sábado con sus hermanos y su padre, Ellie había notado que estaba más callado de lo habitual.

No podía dejar de pensar en Brianne. Con ella había vuelto a sentir la felicidad. Le había sorprendido la noticia de que ella fuera a dejar Sawyer Springs. Era joven y aventurera y tenía todo el derecho del mundo de hacer lo que quisiera, pero la idea de no volverla a ver le producía un intenso dolor.

Se puso el abrigo y decidió ir a ver a Brianne de nuevo. Lily le había dicho el día anterior que iban a ir a patinar esa tarde, así que se dirigió hacia el lago. Aparcó el coche y fue hacia una de las mesas en las que servían chocolate caliente. Observó a la multitud y enseguida vio a Megan y a Lily patinando. Después vio a Brianne, sentada en un banco, alejada de todos los demás. Volvió a dirigir su mirada hacia Megan. Sabía que por el lado por el que estaba patinando la pequeña, los pescadores habían hecho agujeros en el hielo para pescar. Jed empezó a correr hacia ella y gritaba su nombre, pero sucedió lo impensable: se oyó un crujido y Megan desapareció.

Lily emitió un grito de angustia.

—Llame a una ambulancia, ¡ahora! —ordenó Jed a una señora —. Lily, apártate. Déjamelo a mí.

La parte del lago en la que Megan se había caído no era muy profunda y Jed podía ver su chaqueta. Se tumbó en el hielo e intentó alcanzar la manga, pero la tela mojada se le resbalaba de los dedos. Volvió a extender el brazo hacia ella, determinado a salvarla sin perder más tiempo. Sus dedos se agarraron a la tela y con todas sus fuerzas la atrajo hacia él. Cuando la sacó, comprobó su pulso y su respiración.

—No se le mueve el pecho —murmuró Brianne.

—No respira —dijo Jed e inmediatamente se dispuso a hacerle la respiración boca a boca.

Megan respondió y empezó a toser y a respirar por ella misma, pero a Jed no le gustaba su pulso débil ni el color azulado de su piel.

Sabía que no debían mover a Megan. Brianne cubrió a la pequeña con unos abrigos y enseguida llegó una ambulancia. Jed se fue al hospital con Megan.

La llevaron inmediatamente a la sala de urgencias. Jed se aseguró de que el mejor equipo posible atendiera a la pequeña. Todavía no se había despertado y eso lo preocupaba. Estaba decidido a quedarse con ella y a hacer todo lo que pudiera para que sobreviviera.

No perdería a Megan como había perdido a Trisha.

* * *

Tres horas más tarde, Megan todavía estaba inconsciente. Brianne esperaba en la puerta de urgencias y veía la cara de preocupación de todo el mundo: de Jed, de Lily, de los médicos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Brianne a Jed una de las veces que salía de la habitación de Megan.

—Si no se despierta pronto…

—¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de no haberla sacado a tiempo. El problema es la falta de oxígeno.

—Hiciste todo lo que pudiste.

—Sí, pero puede no haber sido suficiente. Si no se despierta, habré fallado de nuevo.

A pesar de las circunstancias, había un muro entre Brianne y Jed. Su declaración de amor los había separado todavía más. Pero

Brianne creía en el amor y sabía que eso podía salvar a Megan. Doug, Bea y su marido, Charlie llegaron al hospital y Brianne se fue al coche por una vieja muñeca que era la favorita de Megan y que la pequeña llevaba a todas partes.

Unos minutos más tarde entró en la habitación.

—Tengo aquí tu muñeca, cariño —dijo hablando a la niña—. Te echa de menos. Sería estupendo si abrieras los ojos y nos hablaras a ella y a nosotros.

—¿Crees que te puede oír? —le preguntó Lily—. Me pregunto si hablar con ella le hará algún bien.

—Ella conoce el sonido de tu voz. Tienes que creer que te oye.

—No estoy seguro de que podáis estar aquí —dijo Jed.

—Ella necesita nuestro amor, Jed, nos necesita a todos. Si todos le decimos lo mucho que la amamos, podremos hacer que las cosas cambien.

Vio la falta de esperanza en la mirada de Jed. Pero no había que perderla. De hecho, si ella fuera valiente y se quedara en Sawyer Springs…

—Creo en el poder del amor —repitió Brianne invitando a todos los que estaban allí a agarrarse de las manos y unirse en su amor por Megan.

Jed no sabía si podía creer como ella, pero sabía que si no le transmitía su amor a Megan en ese momento, se arrepentiría el resto de su vida. Cerró los ojos e intentó sentir la conexión.

De repente, los ojos de la pequeña se movieron. Miró a todo el mundo y extendió los brazos hacia su madre.

—Mami…

—Rápido, llama al doctor Gibson —ordenó Jed a Brianne.

Unos minutos más tarde, el doctor fue a la habitación y pidió a todo el mundo que saliera al pasillo. Después de un profundo examen de la joven paciente, salió de la habitación con una amplia sonrisa.

—Me gustaría tener a Megan veinticuatro horas más en observación, pero ya no hay motivos para preocuparse.

Todo el mundo se abrazó de alegría. La mirada de Jed se encontró con la de Brianne. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Brianne era una mujer fuerte y tenía una fe muy poderosa. De repente se dio cuenta de todas esas semanas había estado luchando en la batalla equivocada. Debería haber intentado abrir más su corazón. Ya no podía negarse a sí mismo que no era sólo deseo lo que sentía por Brianne. La amaba. Brianne Barrington le había enseñado cómo volver a amar. Quería tenerla siempre a su lado y tenía que decírselo en ese momento.

—Tengo que hablar contigo —dijo Jed, llevándola por un pasillo.

—Jed, ¿dónde vamos? —preguntó Brianne y de repente se encontró en un pequeño despacho del hospital con la puerta cerrada.

—No aceptes el trabajo con el proyecto de voluntariado —le dijo Jed.

—¿Por qué no?

—Cuando volví a Sawyer Springs, no sabía lo que quería. Después de conocerte, todo empezó a estar más claro. Aunque yo sea mayor… tú me has enseñado tantas cosas. Tú me has enseñado cómo el amor puede curar. No me lo puedo negar más tiempo. Te quiero, Brianne Barrington y quiero que seas mi esposa. Si necesitas tiempo para pensarlo…

—Te quiero, Jed Sawyer y sí quiero casarme contigo.

Sus labios se encontraron. No sólo deseaba a Brianne, la necesitaba. Introdujo su lengua en la boca de Brianne y ella

respondió con un fervor que demostraba que ella sentía lo mismo.

—Eres un héroe. ¿Tienes una idea de lo mal que lo he pasado cuando estabas tumbado en el hielo?

—Hice lo que tenía que hacer, como tú hiciste en la habitación hace unos minutos.

—Yo no he arriesgado mi vida.

—No. Has arriesgado tu amor. Y eso es mucho más valiente.

Epílogo

Brianne caminaba al lado de Jed bajo una lluvia de pétalos de rosa. Después de que Jed le propusiera matrimonio, él había insistido esperar al menos tres meses para casarse. Quería que estuviera segura. Ella había estado segura y se lo había repetido sin cesar, pero Jed era un hombre protector y también algo tradicional. Esa noche iban a hacer el amor por primera vez.

Entraron en el coche nupcial y ella lo miró con orgullo y admiración. Nunca le había parecido más atractivo.

—Quiero hacer una parada antes de ir a Madison —murmuró Jed.

—¿Una parada?

La luna de miel la iban a pasar en la *suite* nupcial de un hotel de Madison. Ya habían empezado a poner en marcha el centro de cirugía plástica y no tenían tiempo para una luna de miel más larga.

Habían acondicionado un apartamento en el que vivirían hasta que encontraran una casa que les gustara. Buscaban algo que tuviera una habitación grande en el primer piso por si Al se tenía que mudar con ellos.

—He encontrado una casa que quiero que veas —le dijo Jed mientras arrancaba el coche—. Si te gusta, podemos pagar un depósito. No quiero perder la oportunidad.

Para la sorpresa de Brianne, Jed no se dirigió a una de las nuevas urbanizaciones, sino a la parte más antigua de Sawyer Springs. Se detuvo ante una casa de ladrillo de dos pisos.

—¿Tiene un dormitorio en el primer piso? —preguntó ella.

—Algo mejor que eso. Vamos a verla. Me han dejado la llave en la agencia inmobiliaria.

Cuando Brianne entró en la casa, inmediatamente sintió que

sería su hogar. Era una casa antigua muy bien cuidada y reformada. Jed le hizo una señal para que lo siguiera hacia el garaje.

—Añadieron esta parte al garaje hace unos años. Creo que si mi padre viera esto, no dudaría en venirse a vivir con nosotros —le explicó Jed mientras le mostraba un pequeño y luminoso apartamento que los antiguos dueños habían añadido a la casa.

—Es perfecto —afirmó Brianne.

—Y todavía no has visto el resto de la casa. Hay cuatro habitaciones… mucho espacio para niños…

—Llenaremos este hogar con amor y felicidad —prometió Brianne.

—Esto es sólo el principio.

Fin